
Olivia T. Turner
MARCADA POR EL
OSO POLAR
POSESIVO

MARCADA POR EL OSO POLAR POSESIVO

CALOR & TINTA

OLIVIA T. TURNER



Copyright© 2025 por Olivia T. Turner.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo correo electrónico, fotocopias, impresión, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora.

Para solicitudes de permiso, envíe un correo electrónico a Olivia@oliviatturner.com.

¡Gracias por apoyar mi trabajo!

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con eventos reales, negocios, empresas, lugares o personas, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.
www.OliviaTTurner.com

ÍNDICE

[Marcada por el Oso Polar Posesivo](#)

[Capítulo Uno](#)
[Capítulo Dos](#)
[Capítulo Tres](#)
[Capítulo Cuatro](#)
[Capítulo Cinco](#)
[Capítulo Seis](#)
[Capítulo Siete](#)
[Capítulo Ocho](#)
[Capítulo Nueve](#)
[Capítulo Diez](#)
[Epílogo](#)

[Otras Obras](#)
[Otras Obras](#)

MARCADA POR EL OSO POLAR POSESIVO

Se suponía que Adrian Cross no volvería a mi vida, y mucho menos luciendo *así*.
Imponente. Tatuado. Con unos ojos que arden más que su máquina de tatuar.
Es el mejor amigo de mi hermano. Un cambiante oso polar. El amor platónico de toda mi vida.
Y el nuevo tatuador que cubre la plaza en nuestro estudio mientras Magnus está fuera.
Dice que soy su pareja predestinada. Que lo sabe desde que éramos niños.
Dice que ya ha esperado bastante y que se acabó el fingir.
Ahora, es todo un hombre, y no solo está tatuando la piel.
Está dejando algo más *profundo*. Algo *permanente*.
Porque los tatuajes no son la única marca que está dejando.
Me está *reclamando*.
Cuerpo, corazón, alma y cada pensamiento obsceno entre medias.

Bienvenidos a «Calor y Tinta», donde unos tatuadores atractivos y posesivos dejan su marca en más de un sentido.

Para mi marido:
Que no puede convertirse en un oso cambiaformas gruñón y posesivo, pero que aun así, mágicamente, deja pelos por todas partes.



CAPÍTULO UNO

Victoria

—¿Qué es ese ruido? —pregunta mi cliente mientras mira por el estudio con cara de preocupación.

—El aire acondicionado vuelve a fallar —digo con una risa nerviosa—. Debería parar en un minuto.

Eso espero.

Aparto la vista de la intrincada brújula que le estoy tatuando a este chico en el antebrazo para echarle un vistazo a mi hermano mayor.

Lo está haciendo otra vez. Magnus está dibujando un tatuaje en el mostrador de la entrada y gruñendo para sus adentros. Últimamente ha ido a peor.

—No creo que sea el aire acondicionado —dice el chico, mirando a mi hermano con recelo.

—¿Ese hombre está bien? —susurra su novia.

—Sí, es que… —intento mantener un tono de voz alegre y despreocupado, pero Magnus parece a punto de que su oso grizzly explote fuera de él en un arrebato de furia.

Mierda. Sus hombros parecen hacerse más grandes mientras inspira profunda y violentamente. Rompe un lápiz sin querer y lo tira

al suelo con frustración. Solo esta semana ha gastado docenas de lápices.

—Voy a ver cómo está —digo mientras dejo la máquina de tatuar y me acerco a toda prisa. El corazón me late con fuerza mientras me cuelo detrás del mostrador, donde Magnus está inclinado, con los dientes apretados, los puños cerrados e inhalando cada bocanada de aire como si estuviera en guerra con él.

—Tenemos clientes —digo, intentando mantener un tono alegre mientras me agacho a su lado—. Quizá un paseo te vendría… ¡Huy! ¡Vale!

Sus ojos brillan con un fulgor dorado cuando gira la cabeza bruscamente hacia mí con un gruñido sordo.

Esto *no* es bueno. ¿Dónde coño está Julian? Salió a por café hace unos veinte minutos y la verdad es que ahora mismo me vendría muy bien su ayuda.

—Respira hondo —le digo mientras le froto la enorme espalda a Magnus. Está al límite. Un pequeño empujón y su oso grizzly va a salir disparado en medio de nuestro estudio de tatuajes. La verdad es que preferiría que no pasara.

Pero por si acaso… Debería sacar de aquí a esta pareja de inocentes.

Me reincorporo de un salto y corro hacia la pareja, que me mira confundida desde mi puesto.

—Creo que por hoy lo vamos a dejar aquí —digo con una sonrisa forzada.

—¿No estábamos casi acabando? —pregunta él, mirando su antebrazo recién tatuado.

—No, ya hemos terminado —digo mientras cojo el bolso de su novia y prácticamente se lo encasqueto en el pecho—. Os llamaré para concertar la próxima cita.

Solo me queda tatuar la cadena de la brújula, lo que me habría llevado unos quince minutos, pero resultará un poco difícil concentrarse con el oso grizzly de mi hermano arrasando el estudio a mis espaldas.

Magnus suelta un gruñido profundo y violento, sin siquiera intentar disimularlo ya.

Siento la vibración por todo el cuerpo. Mi propia osa grizzly interior se despereza.

Mis clientes también deben de sentirlo, porque salen por patas bastante rápido después de eso.

Los acompaño hasta la puerta y estoy a punto de cerrarla con llave tras ellos cuando nuestro hermano mediano, Julian, regresa con una bandeja de cartón con tres cafés.

—Está pasando otra vez —grito, haciéndole señas frenéticamente para que se acerque.

—Mierda —murmura mientras cruza el aparcamiento a toda prisa. Entra de golpe en el estudio y yo cierro la puerta, echo la llave y le doy la vuelta al cartel para que ponga *CERRADO*.

Magnus se levanta de detrás del mostrador como un monstruo poseído. Sus hombros y brazos son el doble de su tamaño normal y sus ojos brillan como si fuera una especie de demonio dorado. Resopla con violencia mientras sus caninos se alargan hasta convertirse en puntas afiladas.

—Huy, huy, huy —dice Julian, con los ojos como platos por la sorpresa. El pobre esperaba una pausa para el café y en su lugar se ha encontrado con esto—. Magnus. *Fuera*.

Magnus se da la vuelta y rodea el mostrador, mirándonos con intención violenta.

Trago saliva mientras me acerco un poco más a Julian. Mi grizzly interior está en alerta máxima. Aflora, cerca de la superficie, lista para salir si la necesito.

«*No te vayas lejos*», le susurro.

Esto es malo. Muy malo.

Magnus siempre ha sido el hermano tranquilo, sereno y que lo tiene todo bajo control. Siempre ha sido el ancla de mi vida. Siempre estable. Siempre fiable.

Siempre he sabido que podía contar con él. Podía acudir a él cada vez que estaba en problemas y él lo arreglaría todo. Siempre me vigilaba con su ojo protector, asegurándose de que estuviera a salvo y segura.

Pero ahora mismo, parece que está a punto de hacerme pedazos.

—*Magnus* —espeta Julian—. Saca a tu oso fuera antes de que arruine todo por lo que tanto hemos trabajado.

Pero Magnus parece demasiado ido mientras se acerca a nosotros, gruñendo con ferocidad. Un grueso pelaje marrón se desliza por su piel, pero todavía está en su forma humana, a caballo entre un monstruo y un hombre. Sus largas garras negras ya han salido y parecen mortalmente afiladas.

Ha estado perdiendo el control desde que Julian encontró a su compañera.

Durante años, fue Julian quien tuvo la fiebre del emparejamiento, pero entonces Lainey entró en el estudio y todo cambió. Julian se convirtió en un tierno osito de peluche y mi hermano mayor, el más fiable, se transformó en *esto*.

Es como si toda la paciencia de su oso grizzly se hubiera agotado y estuviera furioso porque su compañera no está aquí. Creo que la llegada de la compañera de Julian despertó su parte primitiva.

—Respira hondo —dice Julian con un tono firme y enérgico—, nos tomamos los cafés y hablamos de esto como personas.

Magnus lanza un manotazo tan rápido que es un borrón. Golpea la bandeja de cafés en la mano de Julian y los tres cafés explotan en mil pedazos antes de salpicar todo el puesto de trabajo de Julian.

—*Magnus* —espeta Julian—. Esto es…

—Déjame —digo mientras pongo una mano en el bíceps flexionado de Julian.

—Magnus —susurro en un tono suave mientras doy un paso al frente—. Soy yo, Victoria. ¿Puedes volver?

Mi osa da vueltas y se retuerce en mi interior. Las campanas de alarma resuenan por todo mi cuerpo, pero las ignoro. Sé que mi hermano nunca me haría daño. Incluso aunque su oso esté a punto de volverse salvaje.

—Victoria —me advierte Julian—. No está en sus cabales.

Lo ignoro y sigo avanzando. —Magnus —digo con calma—. Todo va a salir bien.

Me mira la mano mientras la extiendo lentamente para tocarlo.

El corazón me martillea en el pecho por esa mirada salvaje en sus ojos. Sé que mi hermano nunca me haría daño, pero no

reconozco nada de él en la bestia gruñona que tengo delante.

En cuanto toco su peludo y musculoso brazo, se abalanza.

Grito cuando Julian tira de mí hacia atrás y choca contra Magnus con un gruñido propio. La fuerza con la que Julian me arranca de allí me manda volando de culo al suelo. Contemplo horrorizada cómo mis dos hermanos mayores se enzarzan, peleando ferozmente en nuestro estudio de tatuajes. Magnus le clava las garras en el pecho a Julian mientras este salta sobre él y le rodea el grueso cuello con el brazo.

Julian ruge cuando Magnus le hunde las garras en las costillas y luego se lo quita de encima de un empujón, con los dedos chorreando sangre.

—Mierda —masculla Julian mientras cae de culo a mi lado. Hace una mueca de dolor al cubrirse los sangrientos arañazos del costado —. El estudio va a acabar hecho un cristo.

Ambos observamos con horror cómo el oso grizzly salvaje de Magnus explota fuera de él, sediento de sangre y cabreado hasta las trancas con el universo por negarle a su compañera.

Echa la cabeza hacia atrás y ruge tan fuerte que tenemos que taparnos los oídos.

—Tenemos que sacarlo fuera —digo mientras ayudo a Julian a levantarse.

El grizzly de Magnus ataca el sofá de cuero junto a la puerta y lo hace trizas en segundos. Todavía recuerdo cuando lo compramos. Los tres estábamos muy orgullosos de abrir por fin nuestro propio estudio después de años tatuando en la parte de atrás de los coches, en fiestas y en campamentos. Encontramos el sofá de cuero marrón perfecto que encajaba con la estética de *hípster* tatuado que buscábamos y, aunque costaba más de lo que habíamos presupuestado, nos dimos el capricho y lo compramos. Yo estaba sentada en el sofá riéndome cuando Magnus y Julian lo metieron en el estudio.

El bonito cuero envejecido cuelga ahora hecho jirones entre las garras de Magnus. Se le salen las tripas: el relleno arrancado, los muelles rotos y la madera astillada, todo esparcido por el suelo.

El oso de Magnus se gira hacia nosotros cuando nos ponemos en pie. Gruñe y agacha la cabeza como si se hubiera olvidado de que estábamos aquí.

Esto no está bien. Mi hermano ha perdido la cabeza.

—Así no vamos a poder contenerlo —dice Julian—. Tenemos que dejar salir a nuestros osos.

No tengo valor para decirle que nuestros osos tampoco tienen ninguna posibilidad de contener a esta bestia salvaje.

Pero, de dos malas opciones, es la mejor.

Vamos, sal, le digo a mi chica. *Quizá puedas hacerlo entrar en razón*.

Nuestros osos también son hermanos. A lo mejor mi osa grizzly puede ayudar a calmarlo.

Aprieto los dientes y flexiono los brazos mientras la dejo salir de golpe. Siento el dulce dolor de los crujidos y chasquidos mientras mi cuerpo se expande y se transforma en una grizzly y yo soy arrastrada a la oscuridad de mi interior.

Aterriza sobre sus patas y le devuelve el gruñido. El grizzly de Julian emerge a mi lado, gruñendo también a modo de advertencia.

El oso de Julian también es una bestia descomunal. Y aunque la mía es más pequeña y no tan fuerte, tampoco hay que tomarla a la ligera. Al fin y al cabo, me crie con dos hermanos mayores. Sé defenderme.

Normalmente.

Pero, normalmente, no nos enfrentamos a un oso más grande, salvaje y terriblemente cabreado.

El grizzly de Julian se mueve en círculo hacia la derecha y la mía hacia la izquierda. Intentamos guiarlo hacia la puerta antes de que destruya el resto de nuestro estudio.

Pero Magnus no se dirige a la puerta. Se lanza hacia delante y se abalanza sobre Julian. Los dos osos, gruñendo, se estrellan contra el mostrador de recepción, haciéndolo pedazos.

¡No!

Todos mis bocetos de tatuajes de la semana están ahí dentro. Será un milagro si no quedan destrozados.

Mis hermanos son un borrón de pelaje marrón, mandíbulas que chasquean y garras que cortan mientras luchan en el suelo, llevándose por delante la mininevera y una mesa plegable en su reinado de destrucción.

Magnus acaba encima, inmovilizando al oso de Julian contra el suelo.

Va a matarlo…

Mi osa corre hacia él y le clava los dientes en la espalda, perforando su gruesa piel con mis afilados caninos. Él ruge indignado, pero mi osa no lo suelta y tira de él hacia la puerta.

Consigo llevarlo hasta la mitad del camino antes de que me golpee con una zarpa descomunal y me mande volando hacia atrás, estrellándome contra la pared de pladur. Los marcos de los cuadros que colgué se caen y se hacen añicos en el suelo mientras mi osa se esfuerza por ponerse en pie sobre nuestras patas temblorosas.

No hay rastro de reconocimiento en los ojos dorados de Magnus mientras corre hacia mí para rematar la faena.

Mi osa piensa rápido y sale corriendo por la puerta. Magnus la sigue, con el grizzly de Julian pisándole los talones.

Espero que no llegue ningún cliente sin cita, porque están a punto de ver a tres osos feroces peleando en nuestro aparcamiento. Por suerte, no hay nadie. Y estamos lo bastante lejos de la carretera principal, rodeados de árboles y montañas, como para que no haya nadie cerca que pueda vernos.

El grizzly de Magnus me salta a la espalda y mi osa da una voltereta hacia delante con la pesada bestia encima. Mi chica presenta una batalla formidable, chasqueando los dientes, mordiendo y agitando las garras. Pero el oso de Magnus es una avalancha de poder y, sin importar lo que le lance, me mantiene inmovilizada.

Hasta que el grizzly de Julian se une a la pelea. Choca su hombro contra él y se lo quita de encima.

Mi osa ya está sin aliento y jadeando mientras se incorpora. Pero todavía no se da por vencida.

Julian se pone a mi lado y nos enfrentamos al oso salvaje de nuestro hermano.

El oso de Magnus agacha la cabeza y gruñe. Sus largas garras negras —garras que acaban de perforar mi piel en varios puntos que escuecen— se hunden en el suelo mientras se prepara para atacar de nuevo.

Pero entonces un helicóptero pasa por encima y se distrae.

Ruge al cielo y luego echa a correr, siguiéndolo hacia la espesura de los bosques de Montana.

El helicóptero desaparece rápidamente en la distancia, pero el oso de Magnus no regresa.

Después de un buen rato, volvemos a nuestra forma humana y pasamos varios minutos con la vista fija en las montañas por las que Magnus se ha marchado.

—¿Qué coño ha sido eso? —susurra Julian entre dientes—. ¿Adónde ha ido?

—¿Y cuándo va a volver? —digo yo. Los árboles y las montañas parecen tan tranquilos. Un coche pasa a lo lejos. Un halcón vuela sobre nosotros. Es como si ese breve y violento episodio no hubiera ocurrido jamás.

—No lo sé, pero esto seguirá pasando hasta que encuentre a su compañera.

Suspiro y me cubro el pecho descubierto con los brazos. —Pues esperemos que la encuentre pronto.

Ambos nos sentimos derrotados mientras volvemos a entrar en la tienda destrozada. —Vaya desastre —digo mientras cojo del suelo mi ropa hecha jirones y me la pongo como buenamente puedo. Julian hace lo mismo.

—Supongo que será mejor que cancele la cena con Lainey —dice Julian, dándole una patada al sofá reventado.

—Sí —digo mientras miro mis bocetos de tatuajes hechos trizas por el suelo—. Va a ser una noche *muy* larga.

Pasan cuatro días antes de que tengamos noticias de Magnus.

Llama a la tienda un viernes por la tarde. He estado tan preocupada que apenas he podido dormir.

—*Lo siento muchísimo, Victoria* —dice con un tono que parece indicar que está a punto de llorar. Tiene la voz áspera y ronca, como si hubiera pasado cuatro días infernales. Limpiar la tienda fue un trabajazo, pero seguramente no fue nada comparado con lo que ha tenido que pasar él.

—No pasa nada —digo—. ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

Julian lo oye y se acerca a toda prisa, aunque está en mitad de un tatuaje a una clienta. —¿Es Magnus?

Asiento con la cabeza mientras él pega la oreja al teléfono.

—*Estoy en Nuevo México*.

Joder. ¿¡Ha cruzado tres estados corriendo!?

—*Mi oso no me daba tregua* —dice—. *Corrió durante cuatro días seguidos. Por fin pude escabullirme cuando intentaba colarse en una* food truck *para comer algo.*

—Podemos enviarte dinero —digo con la cabeza a mil por hora—. O ir a recogerte. ¿Qué necesitas?

—*No puedo volver así* —responde, con la voz quebrada por la pena—. *Soy demasiado peligroso como para estar cerca de nadie.*

—No lo eres —le digo, con el corazón roto a mí también—. Vuelve a casa. Todo saldrá bien.

—*No, no saldrá bien* —insiste—. *Mi oso… Esto es diferente. Necesito algo de tiempo*.

Nuestra tienda, *Calor & Tinta*, no funciona sin Magnus. Él fue quien nos metió a todos en el mundo del tatuaje cuando compró una vieja máquina en un mercadillo cuando éramos críos. Él fue quien encontró el local, diseñó la tienda, rellenó el papeleo y puso la mayor parte del dinero para que pudiéramos empezar. Él fue quien creyó en nosotros. Es quien nos hace seguir adelante con su firme liderazgo y sus amables palabras. Sin él, no es lo mismo.

—No puedes dejarnos ahora —dice Julian, cogiéndome el teléfono—. El verano está a la vuelta de la esquina y estamos hasta arriba de reservas. Está a punto de ser nuestra mejor temporada. ¡Es para esto para lo que hemos estado trabajando!

—Julian —le espeto, arrebatándole el teléfono—. No pasa nada, Magnus. Tómate todo el tiempo que necesites. Nos las arreglaremos.

—*He conseguido que venga alguien a echaros una mano con el trabajo* —dice—. *He pedido un favor*.

Siento un hormigueo por todo el cuerpo mientras agarro el teléfono. —¿Quién? —pregunto, aunque creo que ya sé de quién se trata.

—*Adrian. Le he pedido que venga*.

Siento que se me acaloran las mejillas y un cosquilleo en la nuca.

Adrian…

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que oí ese nombre. Demasiado.

Es el único chico al que he querido. Él era ocho años mayor que yo y un imposible, ya que era el mejor amigo de Magnus, pero aun así lo quise con locura.

Cuando yo tenía trece años, se marchó de repente y nunca más volvió. Magnus nunca quiso decirme qué había pasado, por más que le pregunté un millón de veces.

Por lo que pude averiguar, se metió en un lío gordo con la gente equivocada o algo así. Prendieron fuego a su casa por motivos que nunca descubrí. Pasara lo que pasara, no volví a verlo.

Pero va a volver…

—¿Adrian Cross? —digo con un hilillo de voz—. ¿Viene *aquí*? ¿Cuándo?

Oigo golpes al otro lado de la línea y luego la voz de una mujer mayor quejándose de que es su turno de usar la cabina telefónica.

—*Lleva usted demasiado tiempo* —se queja ella con voz llorona —. *¿Y dónde están su camisa y sus zapatos? Voy a llamar a la policía.*

Magnus suelta un gruñido grave.

—Magnus —digo mientras más golpes resuenan en mi oído—. ¿De verdad es Adrian Cross?

Oigo el rugido de un oso, el grito de una mujer y, de repente, la línea se corta.

Julian y yo nos miramos el uno al otro, atónitos.

—Espero que pueda correr más que un grizzly —dice él con una mueca de nerviosismo.

—Sí —respondo, aunque mi mente está fija en otra cosa.

Adrian Cross.

En mi tienda.

En mi mundo.

Y yo ya no tengo trece años.

CAPÍTULO DOS

Adrian

Me *encanta* ver a mi oso polar en su elemento.

Cuando me vi obligado a esconderme en el norte de Alaska, hace ocho años, cuando todo se fue a la mierda, fue una pesadilla. Tuve que renunciar a todo, pero mi oso polar no se quejó ni una sola vez. A él le encanta estar aquí.

La nieve crujiente crepita bajo sus enormes zarpas mientras damos una última vuelta por las tierras salvajes del Ártico. Es un apacible día de primavera, pero la nieve ni siquiera ha empezado a derretirse. Se extiende bajo nuestras zarpas como una página en blanco. Un mundo que te deja sin aliento. Virgen e inalterado.

Los humanos han dejado su huella en casi cada rincón de este planeta, pero aquí arriba, cerca del polo norte, las bestias árticas como mi oso polar siguen reinando sobre esta tierra indómita. Y él lo sabe.

Alza la cabeza e inspira el aire gélido, deleitándose con el cosquilleo que le produce al llenar sus pulmones.

Mi oso no puede ser más feliz.

Observo desde mi interior cómo olfatea una rama escarchada antes de seguir adelante, frotando su enorme cuerpo contra un banco de nieve al pasar.

El viento gélido cambia de dirección y él levanta el hocico hacia el cielo, con las fosas nasales dilatadas. Un caribú pasó por aquí hace horas. Un lince, quizá ayer. Aquí el mundo habla a través de los olores, y mi oso escucha como si fuera el evangelio.

Veo cómo mira en dirección al caribú y luego hacia el mar abierto, intentando decidir a qué le dedicará la tarde.

El mar abierto sale ganando. Se abre paso pesadamente por la nieve, grande, lento y perezoso, y después se deja caer sobre la panza y se desliza por una cresta como un niño en trineo. No puedo evitar reírme de este grandullón feliz y tontorrón.

Me pregunto si será igual de feliz en las tierras salvajes de Montana. Allí nieva en invierno, pero nada como esto. Y los veranos pueden ser sofocantes.

No puedo creer que vaya a volver.

Después de todos estos años, voy a volver al lugar donde nací.

No estoy seguro de si mi oso se ha dado cuenta todavía. No creo que lo entienda. Si lo hiciera, no estaría tan contento.

Mi oso polar avanza con paso pesado hasta la orilla del mar abierto y se detiene. Se sienta sobre sus cuartos traseros, con el pecho agitado, observando los pequeños glaciares y trozos de hielo que se mecen en el oscuro océano azul. Esto es de una belleza absurda. Lo absorbo todo, sabiendo que podría pasar mucho tiempo antes de que regrese.

Y aun así, bajo toda esta belleza, bajo la calma y el silencio y la nieve y el hielo, hay un zumbido.

Una tensión que nunca desaparece.

Una necesidad que ha estado ardiendo en ambos durante demasiado tiempo.

Ella no está aquí.

No lo ha estado en todo este tiempo.

Estamos sin pareja aquí arriba, y creo que ambos sabemos que nunca la vamos a encontrar en este paisaje helado de soledad.

No estoy totalmente aislado. A veces hago trabajos esporádicos: trampero, leñador en verano, una vez incluso me uní a un barco que rastrillaba el fondo del océano en busca de cangrejos reales y, por supuesto, siempre tengo mis tatuajes. Tatúo a los leñadores y a los

lugareños. Nadie más por aquí es bueno en ello. La gente viaja kilómetros para llegar hasta mí, pero incluso entonces, suelo hacerlo a cambio de comida o cerveza. No tengo mucha necesidad de dinero aquí arriba. La tierra nos proporciona todo lo que necesitamos. Solo lo hago por diversión y por ver a la gente sonreír cuando termino.

Me gusta dejar un pedacito de mí en la gente agradable que conozco. Me hace sentir que importo.

Porque esa es la parte difícil de vivir aquí solo. No sientes que importes en absoluto.

Mi oso polar sacude el cuerpo y luego se desliza en el agua gélida del Ártico como si fuera un baño caliente. Es un tontorrón, pero también es un tipo duro. Cuando estaba pescando cangrejos, una ola rebelde me barrió por la borda y sentí de primera mano lo peligrosamente fría que está esta agua antes de que los tíos me lanzaran un salvavidas y me sacaran. Pero para mi oso, con su gruesa piel, es como el cálido confort del hogar.

Nada hacia el fondo, girando y jugando bajo el agua mientras mi mente se desvía a otro lugar en otro tiempo.

El recuerdo de ella me golpea como siempre: de la nada y sin piedad. Victoria North. La hermana pequeña de mi mejor amigo. La chica que siempre parecía habérseme metido bajo la piel.

La conocí cuando era una niña, pero ahora es toda una mujer. Ese pensamiento me mantiene despierto por la noche.

Mi oso ronronea mientras me la imagino a los trece años, con sus brillantes ojos verdes siempre alerta mientras nos observaba a Magnus y a mí practicar con nuestros tatuajes. Siempre estaba mirando, siempre aprendiendo, siempre intentando tener la oportunidad de usar la máquina de tatuar con sus mejillas monas y sus dedos manchados de tinta.

Yo era mayor y la consideraba una hermana pequeña. Pero hace unos años, probablemente cuando cumplió los dieciocho, de repente no podía dejar de pensar en ella. Me preguntaba dónde estaría y qué estaría haciendo. Me imaginaba su aspecto y, cada vez que pensaba en ella con otro chico, tenía que salir a que me diera el aire para desahogarme.

Todavía me pregunto si tal vez, solo tal vez…

Nah. No puede ser ella. De todos modos, Magnus me mataría.

Mi oso emerge del agua y se sube a un pequeño glaciar. Se hunde bajo nuestro peso mientras él levanta el hocico y olfatea el aire, como si intentara rastrear a nuestra pareja.

Además, no vuelvo por ella. Vuelvo por mi amigo.

Magnus está cayendo en picado y necesita mi ayuda. Me dejó un mensaje en mi línea de emergencia y pude oírlo en su voz tensa. Su oso está al borde del abismo. Se tambalea en el filo entre la cordura y el caos. Si no encuentra a su pareja pronto, podría volverse salvaje.

Sé que la cosa es seria si me está pidiendo que vuelva. Sabe lo que podría costarme. Lo que podría significar.

O, a lo mejor, solo estoy siendo paranoico. Quizá todo sea agua pasada y la gente haya pasado página.

O, a lo mejor, voy directo a la muerte.

Sea como sea, lo haré por Magnus. Es como un hermano para mí. No tengo hermanos como él, así que cuando el único hermano que tengo me pide ayuda, puedes estar seguro de que voy a cumplir.

Dejo a mi oso deambular durante horas hasta que el cielo se oscurece y esas preciosas auroras boreales empiezan a danzar en el firmamento.

—Espero que lo hayas disfrutado, amigo —digo después de salir, de pie, descalzo y desnudo en la nieve. Desentumezco los miembros mientras alzo la vista hacia las luces verdes y rojas, preguntándome si alguna vez volveré a esta diminuta cabaña de madera en medio de la nada.

Con suerte, algo mejor me aguarda en el horizonte.

—¿Tú qué crees? —le pregunto a mi oso.

Hogar, dice desde mi interior.

No usa palabras, pero lo siento hasta en los huesos. La quietud repentina. La mirada fija hacia el sur. La silenciosa y absoluta certeza de que ha llegado la hora.

De volver a casa. De encontrarla.

De estar con mi compañera.

—Sea quien sea...

Pero la imagen que aparece en mi mente es la de una Victoria ya adulta, más hermosa de lo que puedo soportar.

No puede ser ella. ¿O sí?

Supongo que estoy a punto de averiguarlo.

Exhalo lentamente y mi aliento forma vaho en el aire gélido.

—Vale —digo con certeza en la voz—. Estoy listo. Volvamos a casa.

CAPÍTULO TRES

Victoria

Ha pasado más de una semana desde la última vez que supimos de Magnus. He estado muerta de preocupación.

Pero, junto con la preocupación, he estado sintiendo todo tipo de emociones. Saber que Adrian Cross podría aparecer o no por mi tienda en cualquier momento para *quedarse aquí* y *trabajar aquí*, a solo unos metros de mí, me está revolviendo el estómago con una mezcla de ansiedad y emoción.

Durante los primeros días después de hablar con Magnus, debí de mirar a la puerta cada treinta segundos, esperando ver la silueta alta y ancha de Adrian entrando por ella. Pero ahora, tras más de una semana sin rastro de Adrian, empiezo a pensar que todo fue un sueño febril del oso desquiciado de Magnus.

Es que, ¿por qué iba a volver después de tanto tiempo? ¿Siquiera sigue tatuando? No tiene ningún sentido.

No va a venir, me digo a mí misma mientras termino el boceto para mi próxima cita. *No está escrito, tía. Fue un amor platónico de la infancia y ya está. Supéralo. Esto empieza a ser un poco patético.*

—¿Qué te parece esto? —pregunto mientras sostengo el boceto a contraluz. Es una de esas anclas de barco de las de antes.

Julian se acerca a examinarlo. Entrecierra los ojos y frunce el ceño mientras repasa cada línea con esmerada precisión. —Necesita más sombreado aquí —dice, señalando la gruesa cuerda.

Siempre duele oír a alguien criticar tu arte, pero aun así somos brutalmente sinceros el uno con el otro. Le he echado por tierra a la cara algunos de sus mejores trabajos y él ha criticado y masacrado algunos de los míos. Cuando te dedicas a grabar permanentemente tus dibujos en la piel de la gente, no puedes dejar que los sentimientos heridos se interpongan. Tenemos que ser despiadados. Nuestros sentimientos heridos sanarán, pero los tatuajes mal hechos se quedan en la piel *para siempre*.

—Este nudo tiene que ser más grueso —dice, señalando la cuerda que se enrosca alrededor del ancla.

Mierda. Tiene razón. Lo odio.

Debo de estar distraída.

Me devuelve el boceto y empiezo a sombrear mientras él merodea por su puesto, preparándose para cuando abramos.

—¿Ha dicho Magnus cuándo viene Adrian? —pregunta mientras da el último sorbo a su café.

—No va a venir —digo mientras rasco con el lápiz la cuerda de un lado a otro.

—¿Has hablado con él? ¿O con Magnus? —pregunta Julian, animándose.

—No, es solo una corazonada.

La puerta se abre, aunque el cartel todavía indica *Cerrado*. El corazón me da un vuelco y levanto la cabeza de golpe, con la esperanza de ver a un metamorfo de oso polar, alto y sexi, entrando con paso decidido.

Los hombros se me caen y siento un vacío en el estómago cuando veo a Curt en su lugar.

Es mi cliente más fiel y el más pesado. Es un estríper que está coladito por mí y al que le encanta poder quitarse la camiseta en mi sillón.

—Hola, Curt —digo, intentando que mi voz suene alegre, pero fracasando estrepitosamente.

Entra pavoneándose con una sonrisa divertida, como si nos estuviera haciendo un regalo a todos al ser tan generoso de bendecirnos con su presencia.

—No está abierto —gruñe Julian—. Ahí está el cartel. ¿Sabes leer?

—No hace falta saber leer cuando tienes abdominales como estos —dice Curt mientras se quita la camiseta de forma aparatosa.

Julian pone los ojos en blanco y se va a la parte de atrás para empezar un nuevo boceto.

—Su ancla está lista —digo, mostrándole el tatuaje.

Enmarca el sitio en su costado con los dedos índice y pulgar. —No sé —dice, empezando con su numerito de siempre—. Esta parte de mi cuerpo ya es una obra de arte. Es una pena dibujar encima.

Hace esto cada vez. Hoy no estoy de humor.

—De acuerdo, cancelamos la cita —digo mientras me vuelvo hacia el mostrador de recepción.

—No, no —dice mientras se acomoda en mi sillón con las manos detrás de la cabeza—. Sí que lo quiero.

Le coloco la plantilla en la piel y preparo las agujas y la tinta. Me tira los tejos todo el rato.

—La mayoría de los estríperes tienen que moverse entre el público —dice mientras me pongo un par de guantes de látex negros nuevos—, porque las mujeres de la última fila no pueden ver. Pero yo puedo quedarme en el escenario todo lo que quiera, si sabe a lo que me refiero. Las mujeres no tienen problemas para verme.

—¿Porque apenas hay nadie entre el público cuando hace su número?

—¡¿Qué?! ¡No!

Intento ocultar mi sonrisa mientras hago que se altere.

No sé por qué sigue pensando que estoy impresionada con sus músculos, su cuerpo o su profesión. No podría importarme menos.

Verá, Curt es como un niño pequeño. Solo quiere lo que no puede tener. Y está claro que a mí no puede tenerme. Así que soy todo lo que quiere.

—¿Qué hace el viernes por la noche? —pregunta.

—No ver su número, eso seguro.

—Libro —dice—. Había pensado que podríamos salir a una cena romántica, ir a mi casa, tener una pequeña sesión de estriptis privada solo para los dos...

Dejo lo que estoy haciendo y lo miro fijamente a los ojos. —¿Qué acabo de decir?

—Vale —dice, levantando las manos—. Puedo mirarte mientras te desnudas si lo prefieres.

—Oh, Dios mío.

Niego con la cabeza y vuelvo al trabajo. Cuanto antes le tatúe este ancla a este tipo tan irritante, antes podré echarlo de mi estudio.

No sé por qué ha elegido un ancla, la verdad. Curt es todo lo contrario a un ancla. En los malos momentos, este niñato se largaría pavoneándose y te dejaría a tu suerte.

Una vez que lo tengo todo preparado, empiezo a tatuarle la piel. Llevo unos diez minutos cuando la puerta principal se abre. Estoy ocupada sombreando, así que no me doy la vuelta.

—¡Julian! —grito—. Ha llegado tu cliente.

Oigo a Julian salir, pero, antes de que lo haga, un intenso aroma masculino me golpea como un camión en el pecho. Suelto un grito ahogado mientras el embriagador y penetrante aroma me abrasa la garganta como si fuera lava. Me tiembla la mano y la cago un poco con el trazo negro del tatuaje de Curt. Puedo arreglarlo, pero, en lugar de preocuparme por eso ahora, mi cabeza se gira hacia la puerta como si tuviera voluntad propia.

—Hola, Victoria —dice Adrian con la voz más profunda y sexi que he oído en mi vida.

Se me abre la boca para devolverle el saludo, pero no me sale nada. Ni palabras, ni aliento, ni aire. Me quedo ahí sentada, boquiabierta y en shock, mientras contemplo a mi primer amor platónico, ahora convertido en un hombre despampanante y musculoso.

Creía que Adrian de adolescente era algo especial, pero no tiene nada que hacer frente a este bellísimo espécimen.

El enamoramiento que llevaba tanto tiempo aletargado vuelve rugiendo. Quizá nunca se fue.

Adrian se ha desarrollado considerablemente. Es más alto, más ancho, y esa cara...

Que Dios me ayude.

Está esculpida a partir de mis fantasías más sucias. Una mandíbula fuerte y angulosa cubierta por una barba incipiente y oscura. Quiero sentirla rascar entre mis muslos. Quiero sentirla bajo las yemas de mis dedos mientras acerco su boca a la mía. Esos labios, esos pómulos, hasta su nariz me provoca escalofríos. Es tan, jodidamente, *bueno*.

Sus ojos son lo mejor. Son de un azul oceánico profundo y están clavados en mí, como si ya me estuviera desnudando cada centímetro de piel sin pudor ni piedad.

—Vaya, Victoria —dice con su voz grave, profunda y sensual. Casi gimo al oír mi nombre saliendo de esos labios perfectos—. Casi no te reconozco.

Suelto una risa nerviosa. Yo lo reconocería en cualquier parte.

A este hombre lo llevo tatuado en el cerebro. Está alojado en mi corazón. Nunca olvidas a tu primer amor platónico, y, sea platónico o no, Adrian es inolvidable.

Tiene el cuerpo de un dios cuyo poder es seducir a estúpidas tatuadoras que no saben cuándo dejar de mirar.

Esos hombros son tan anchos y sexis. Su pecho es enorme. Sus brazos son gruesos y duros, con músculos tatuados y bien definidos. Joder, no estaba preparada para todo esto.

Un minuto estoy tatuándole un ancla a un niñato coñazo que es stripper y, al siguiente, estoy perdida en el mar, dando vueltas y más vueltas bajo las olas, sin saber qué es arriba y qué es abajo e incapaz de respirar.

Hasta mi osa está reaccionando. Da vueltas de un lado a otro, intentando salir. Intentando acercarse a él.

—¡Adrian! —exclama Julian, sacándome de mi ensimismamiento.

Observo cómo mi hermano se acerca y choca la mano con él. No le quito los ojos de encima a Adrian. Curt empieza a retorcerse mientras yo admiro los tatuajes de Adrian. La tinta de colores de sus brazos y la tinta negra que le baja serpenteando por su grueso cuello y desaparece bajo la ajustada camiseta negra que se estira

sobre su pecho. Quiero arrancarle esa camiseta del torso para ver el resto de su cuerpo.

—¿Quién es ese tipo? —sisea Curt, claramente molesto porque otro hombre haya captado mi atención.

—El mejor amigo de mi hermano —digo mientras me llega otra bocanada de su delicioso aroma. Es puro alfa y está teniendo un efecto considerable en mí. Salvaje, masculino y a pino de bosque profundo, pero debajo hay algo más oscuro. Ahumado. Especiado. Como madera de cedro y pecado. Como si lo hubieran forjado en fuego y enfriado en nieve. Mis pulmones no pueden soportarlo. Mi osa no puede soportarlo.

Siento un cosquilleo entre los muslos que se vuelve más intenso con cada profunda inhalación.

Mi osa empieza a hacer notar su presencia. Camina de un lado a otro dentro de mí, gruñendo lo que parece ser un «*mío*».

Sí, a la cola, chica. Tengo prioridad.

—Gracias por echarnos una mano —dice Julian mientras guía a Adrian hacia el puesto de trabajo de Magnus—. Puedes trabajar aquí.

A Adrian no parece gustarle que el puesto de Julian esté entre los nuestros, pero no dice nada al respecto. Se limita a seguir lanzándome miradas acaloradas mientras Julian le enseña dónde está todo.

—¿A qué espera? —pregunta Curt con un resoplido—. ¿Ese guaperas le ha llamado la atención? Ni siquiera es tan guapo. Yo tengo mejores gemelos que él.

No los tiene. Ni de lejos. Curt ni siquiera juega en la misma liga que Adrian.

Me obligo a bajar la vista hacia mi trabajo, intentando salvar la línea que he estropeado en el tatuaje de Curt, pero me tiembla la mano. Mis dedos ya no quieren sujetar la máquina. Quieren agarrar la hebilla del cinturón de Adrian, arrastrarlo a la trastienda, estamparlo contra la pared de la sala de descanso y ver la expresión de su cara cuando me ponga de rodillas.

Quiero ver en sus ojos el momento en que se dé cuenta de que ya no soy una cría.

De que no hay nada que nos impida hacer todas las guarradas que se nos pasan por la cabeza.

Pero estoy nerviosa. Ni siquiera sé si le gustaría una chica como yo.

Ni siquiera sabría qué decir o hacer. En mis fantasías tengo mucha confianza, pero en la vida real... da un poco más de miedo.

Julian y Adrian están cuchicheando por allí, probablemente hablando de Magnus y su «dolencia».

Mientras tanto, Curt ha vuelto a darme la tabarra.

—Bueno, estaba pensando en el Chez George para cenar —continúa Curt—. Reservaré la mesa para dos junto a la ventana. *Très romantique*. Luego, podemos ir en coche al mirador y ver qué pasa...

Estoy a punto de fingir que vomito, pero Adrian me interrumpe, acercándose a toda velocidad. Suelto un grito ahogado cuando rodea el cuello de Curt con su mano grande y fuerte, haciendo que los ojos de este casi se le salgan de las órbitas.

—Esa no es forma de hablarle a una dama —dice, flexionando el antebrazo mientras añade algo de presión. La cara de Curt se pone de un rojo intenso mientras intenta quitar la inamovible mano de Adrian de su yugular.

Le echa un vistazo al tatuaje que estoy haciendo—. Un ancla, ¿eh? —dice—. ¿Qué tal si te lanzo al océano y la ponemos a prueba?

—No pasa nada —digo mientras le pongo la mano en el brazo en tensión a Adrian. Se relaja al instante—. Es inofensivo. Un imbécil, pero inofensivo.

Adrian sigue apretando uno o dos segundos más y luego lo suelta. Curt boquea, se atraganta y engulle bocanadas de aire mientras su cara pasa del rojo vivo al rosa.

Me doy cuenta de que mi mano sigue en el enorme brazo de Adrian, como si no quisiera apartarse, así que la retiro de golpe como si me hubieran pillado haciendo una travesura.

Él sonríe mientras me mira desde arriba con esos ojos azules tan sexis que son lo bastante cálidos como para derretir glaciares.

—Estás muy guapa, Vic.

Tengo el corazón desbocado. Tengo los muslos apretados. Mi osa está que gruñe por salir y restregarse por todo su cuerpo como una loca en celo.

Contrólate —me repito en mi cabeza—. *Eres una profesional. Estás en el trabajo. Eres una dama.*

Me aclaro la garganta. —Eh, gracias.

Es todo lo que consigo articular. Una sílaba. Totalmente patético.

Hazlo mejor, por favor.

—Tú también estás muy guapo.

Adrian sonríe y siento como si una cálida ola me recorriera desde el pecho hasta mi palpitante coño y los dedos de los pies, que se me enroscan dentro de las Converse.

Vic.

Me preguntaba si se acordaría de cómo me llamaba. La última vez que se lo oí decir tenía trece años. Por aquel entonces estaba en mi fase de llevar aparato, de esconderme en la habitación de al lado cada vez que venía y de sonrojarme a más no poder. Ya no llevo aparato, pero por lo visto sigo en esa fase, a juzgar por cómo me arden las mejillas y por mis repentinas e irresistibles ganas de meterme en el armario y esconderme.

—Deja que te enseñe los bocetos en los que estaba trabajando Magnus antes de irse —dice Julian, robándomelo mientras lo guía hacia la parte de atrás.

No le quito los ojos de encima a Adrian hasta que desaparece en la sala de descanso.

—No me gusta ese tipo —dice Curt, esperando a que se haya ido —. Creo que me ha desplazado la nuez.

Yo creo que a mí me ha desplazado el corazón.

Ahora me late distinto. Cada bombeo sigue el ritmo de su nombre.

A-dri-an. A-dri-an. A-dri-an.

¿Cómo se supone que voy a trabajar con este tío por aquí? En serio, ¿alguien puede decírmelo?

Porque no tengo ni puñetera idea.

CAPÍTULO CUATRO

Victoria

Por supuesto, el día es un no parar. En cuanto acabo con Curt, entra una oleada de clientes y el ritmo no para en toda la jornada. Estoy trabajando en el boceto de un tatuaje de sirena y maldiciendo porque no paro de cagarla. Es difícil dibujar cuando no le quito ojo al nuevo y atractivo tatuador que trabaja en el puesto de Magnus.

Adrian le está tatuando una palabra en los nudillos a un motero. Me da su ancha y enorme espalda, y no puedo evitar recorrer con la mirada toda esa musculatura dura y esculpida. Es guapísimo desde cualquier ángulo.

—*Mierda* —susurro cuando la cago con la cola de la sirena. La borro por décima vez y vuelvo a intentarlo, con el corazón latiéndome a mil, como ha estado haciendo todo el día.

Vuelvo a cagarla cuando Adrian termina su tatuaje. Es que no puedo resistirme a admirar su perfil mientras desinfecta su puesto y el motero examina su nueva tinta. Parece contento con el resultado.

Esos ojos azul hielo se clavan en mí y bajo la mirada rápidamente, notando cómo me arden las mejillas. Ha estado haciendo eso todo el día. Por mucho que yo lo observe, él me observa a mí todavía más. Me he fijado en que no deja de

comprobar si sigo aquí. O quizá todo esté en mi cabeza y me esté volviendo loca de deseo.

Ambos se acercan al mostrador donde estoy sentada e intento concentrarme en mi boceto mientras Adrian le indica al motero cómo cuidar el tatuaje.

—Mantenga el vendaje puesto durante las próximas seis horas —dice mientras pasa por detrás del mostrador de recepción. Hay espacio suficiente para rodearme sin tocarme, pero roza mi pierna con la suya. El contacto me provoca un escalofrío que me recorre la espina dorsal—. Nada de piscinas, jacuzzis o baños de inmersión durante al menos dos semanas. Y manténgalo alejado del sol hasta que haya cicatrizado por completo.

El tipo lo mira como si nada de eso fuera a ocurrir. Es un viejo motero canoso al que no parecen preocuparle mucho las consecuencias de sus actos.

—Vic, ¿puedes cobrarle? —pregunta Adrian.

—Claro —digo mientras me bajo del taburete y me dirijo a la caja.

Se queda detrás de mí, observando lo que hago, pero también siento su mirada sobre mí. Es difícil concentrarse con él tan cerca. Mi osa se pasea en mi interior como una gata en celo, lo que no ayuda en absoluto.

—Ciento noventa —digo, cogiendo su dinero. El motero le da una propina y luego se marcha, dejándonos solos detrás del mostrador. Julian está tatuando a una chica en su puesto, pero ambos llevan auriculares y no nos prestan ninguna atención.

En cuanto la puerta se cierra tras el motero, el ambiente cambia. O quizá solo sea yo. El aire parece volverse más denso. Más cálido. Siento la piel demasiado tirante, como si contuviera algo que ya no quiere retener.

Adrian se acerca un poco más, borrando parte de la distancia que nos separa.

—Has hecho un buen trabajo con el tatuaje —le digo, intentando que no me tiemble la voz.

Se apoya en el mostrador con una sonrisa—. Qué va. He jodido la A de su segundo nudillo.

—Parecía contento.

—Bueno, comparado con sus otros tatuajes carceleros de mierda, parecía una obra de arte.

Sonrío con timidez mientras vuelvo a sentarme en el taburete—. ¿Has tatuado mucho desde que te fuiste?

Se encoge de hombros—. No tanto como vosotros, seguro. Pero hago dos o tres piezas a la semana, si es una buena semana.

Mira por encima de mi hombro mi sirena malograda—. Es preciosa.

—No lo es —digo, negando con la cabeza—. Yo... Es difícil concentrarse contigo en la sala.

Cierro los ojos mientras las mejillas me arden. ¿De verdad acabo de decir eso en voz alta?

—No pretendía fastidiarte el arte sirenio. —Su voz es grave y cálida, aunque creo que también percibo un matiz de diversión.

—Quiero decir, por... el jaleo en el local y todo eso —digo, divagando como una loca nerviosa—. No es que *tú* me distraigas con tu... O sea, solo quería asegurarme de que estuvieras instalado y... esas cosas.

Trago saliva mientras muero lentamente de la vergüenza por dentro. Hasta mi osa interior está negando con la cabeza, avergonzada.

—Dejaría que me la tatuaras en la piel —dice mientras inclina el papel para verla mejor—. *Donde* tú quisieras.

Trago saliva mientras imagino dónde se la pondría si pudiera elegir. Significaba tocarle en ese punto durante horas. Quizá en el pecho, o en el bíceps, o... no, eso nunca cabría. Y estaría tan distraída con eso en la mano que nunca terminaríamos el tatuaje.

—Yo no te pondría eso —digo con una risa nerviosa—. Parece que se le ha quedado la cola enganchada en la hélice de un barco.

—¿Qué me pondrías?

Apoya un codo en el mostrador a mi lado, sin llegar a tocarme, pero lo bastante cerca como para sentir su calor.

Mis labios. Mis manos. Mi coño.

Mi osa gruñe, asintiendo.

Levanto la vista hacia él y nuestras miradas se encuentran. Es tan sexi que resulta injusto. Es absorbente. Intenso. Mirarlo me deja sin aliento. Hace que mi cuerpo palpite.

—¿Quieres que te tatúe?

—Quiero tus manos sobre mí, Vic —dice—. De la forma que sea.

Inspiro bruscamente. Mi osa está prácticamente aullando dentro de mí, inquieta y necesitada, paseándose tras mis costillas como un animal enjaulado. Siento la atracción hacia este hombre en los huesos. En la sangre.

Un fuerte impulso de ponerle las manos encima ahora mismo empieza a apoderarse de mí, así que cambio rápidamente de tema antes de hacer algo de lo que pueda arrepentirme.

—¿Dónde has estado estos ocho años?

Se endereza y se cruza de brazos mientras me observa. —¿Qué te ha contado Magnus?

—Que te fuiste por una chica.

Es mentira. Magnus nunca me ha dicho nada, por mucho que se lo he preguntado, pero solo quiero ver cómo reacciona.

—Bueno, pues parece que tu hermano es un poco mentiroso —dice mientras me clava una mirada ardiente—. No hay nadie más. Nunca la ha habido.

Trago saliva, preguntándome cómo debería interpretar *eso*.

—La vida se complicó… —dice tras un largo silencio—. El incendio y… Tuve que irme del pueblo. Rápido. Siento no haberme podido despedir.

Eso fue lo que más me dolió. Adrian era una parte muy importante de mi vida, lo supiera él o no. No paraba de pensar en él, así que el hecho de que desapareciera sin una explicación o un simple adiós fue como una puñalada en el corazón. Por eso, agradezco la disculpa.

—No pasa nada —digo, encogiéndome de hombros con timidez —. Me alegro de que hayas vuelto.

Se ha hecho todo un hombre, pero todavía hay algo de chiquillo enterrado ahí, detrás de tanto músculo. Algo familiar. Ese algo del que me enamoré hace tantos años.

—Pareces tan distinto —digo—, pero al mismo tiempo sigues siendo el mismo. Espero que tenga sentido.

Asiente y sonríe. —Sé lo que quieres decir. Aún veo a esa niña mona y traviesa que siempre andaba metida en líos, pero ya no eres la hermanita pequeña.

Me junto los pechos con los brazos despreocupadamente mientras lo miro, pestañeando.

—Ya soy toda una mujer —digo con una sonrisa.

—Desde luego que lo eres —afirma mientras esos penetrantes ojos azules me recorren por completo.

—Entonces, ¿has venido para quedarte esta vez o vas a volver corriendo a dondequiera que te hayas estado escondiendo los últimos ocho años?

—Eso depende.

—¿De qué?

Sus ojos se clavan en los míos. —De si tengo una razón para quedarme.

Y así, sin más, el aire vuelve a vibrar, cargado de calor y posibilidades.

Me aclaro la garganta y me siento más erguida, de repente hiperconsciente del espacio que nos separa y con ganas de borrarlo por completo. —Bueno, tenemos un paquete de beneficios bastante bueno. Café gratis. Horarios inestables. Peleas de osos ocasionales. Encajarás de maravilla.

Vuelve a reír, con una risa grave y genuina. —Suena a que estoy en casa.

Y por alguna razón, esa palabra hace que se me oprima el pecho de una forma que no estoy preparada para analizar.

Por suerte, no tengo que hacerlo, porque Julian se levanta y se acerca, quitándose los enormes auriculares. Oigo a Incubus sonar a través de ellos. —Oye, Victoria, ¿nos quedan más de esos vendajes grandes?

—Sip —digo, bajando del taburete de un salto antes de entrar en combustión—. Voy a por ellos.

Respiro hondo mientras me dirijo al almacén del fondo. Esto es un desastre, pero sé dónde está todo. Algún día lo organizaré.

Quizá.

Me doy la vuelta con los vendajes y choco de lleno contra el enorme y musculoso pecho de Adrian. Contengo el aliento al levantar la vista y ver el ardor en sus ojos.

—No me has enseñado esta sala —dice, aunque no parece en absoluto interesado en ella. No me ha quitado los ojos de encima.

—Deja que…

Me quita la caja de vendajes de la mano, rozando sus dedos con los míos, lo que le hace sonreír. —¡Julian! ¡Coge!

Lanza los vendajes por el pasillo y supongo que Julian los coge, pero no puedo estar segura porque toda mi atención está en el enorme y sexi cambiante de oso polar que se alza frente a mí.

—Sabes lo que está pasando aquí, ¿verdad? —pregunta—. Sabes lo que es esto.

Me limito a mirarlo fijamente, hipnotizada y confusa al mismo tiempo. Tantas emociones me atraviesan como un huracán de categoría cinco.

—Victoria —dice mientras acerca esas manos grandes, fuertes y manchadas de tinta a mi cara. Dejo escapar un gemido involuntario cuando me ahueca las mejillas, sosteniéndolas como si fueran lo más preciado que ha tocado jamás—. Somos compañeros. Lo sabes, ¿verdad?

Trago saliva mientras le miro a sus hermosos ojos azul hielo.

Me siento tonta por no haberme dado cuenta en todo el día, pero en cuanto lo dice, sé que es verdad. Mi reacción ante él, la reacción de mi osa ante él… nuestra historia, los intensos sentimientos, el anhelo insaciable que siento cada vez que pienso en él, que es siempre. Debemos de ser compañeros.

Somos compañeros.

—Yo… *oh*.

No tengo palabras. ¿Qué se puede decir a eso?

—Creo que siempre lo sospeché —dice mientras su boca se acerca un poco más a la mía. Mi peso se desplaza hacia las puntas de los pies y mi barbilla se inclina hacia arriba, deseando desesperadamente sentir esos sexis labios sobre los míos—. Pero tuve que verte hecha toda una mujer para saberlo con certeza.

Me humedezco los labios y eso es el remate para él. Ya no puede contenerse más.

Se abalanza hacia delante y su boca reclama la mía.

No hay vacilación; solo calor, hambre y años de deseo reprimido que se desatan entre nosotros como un incendio forestal. Sus labios son firmes, cálidos e imponentes. Como si se hubiera estado muriendo por hacer esto desde siempre. Como si este beso lo hubiera estado arañando desde dentro.

Y, joder, lo es todo.

Desliza las manos por mi pelo, enredándolas entre los mechones oscuros como si necesitara palparme entera. Me inclina la cabeza en el ángulo justo e intensifica el beso; su lengua roza la mía, la incita, la prueba. Gimoteo mientras mis manos encuentran su pecho y se aferran al suave algodón negro de su camiseta, aferrándose a su sólido calor.

Él gruñe en mi boca y el sonido vibra hasta lo más profundo de mi ser. Mi coño reacciona, doliendo, palpitando y humedeciéndose tanto que dejo escapar un gemido.

Estoy besando a Adrian Cross. Estoy besando al amor platónico de toda mi vida. Estoy besando a mi *compañero*.

No sé en cuál de esos maravillosos hechos centrarme, así que me centro en sus labios, su lengua y sus manos.

Huele tan bien. Y el tacto es aún mejor.

Este es mi primer beso y es incluso más mágico de lo que había imaginado.

Porque no es un beso cualquiera con un tío cualquiera. Es mi compañero reclamando mi boca y poseyendo mi alma.

Cada centímetro de mí lo siente, lo reconoce. Incluso mi osa está totalmente de acuerdo, embelesada con este hombre y deseando salir para oler su embriagador aroma en persona.

Adrian me presiona contra la pared, no con brusquedad, sino con firmeza. Con intención. Como si necesitara sentir mi cuerpo contra el suyo, sentir en cada centímetro lo perfectamente que encajamos. Su muslo se desliza entre los míos, y jadeo cuando la fricción envía chispas que me recorren la columna vertebral.

—Eres mía —gruñe contra mis labios, con el aliento caliente y entrecortado—. Nadie volverá a tocar jamás estos labios, solo yo.

—No tienes que decírmelo dos veces —susurro, jadeando—. Eres el único hombre al que he deseado jamás.

Sonríe, y es una sonrisa pícara y perfecta. —Eso es lo que me gusta oír.

El corazón me aporrea las costillas mientras él se inclina y vuelve a besarme.

Esta vez es más lento. Más profundo. Como si estuviera memorizando cada curva de mi boca, cada sonido que emito, cada centímetro de mí que se inclina hacia él como si llevara una eternidad esperando este momento.

Estoy besando a Adrian Cross.

Joder. Santo.

CAPÍTULO CINCO

Adrian

Nuestra última clienta se va por fin sobre la hora de la cena, sonriendo por el nuevo ángel que se ha tatuado en el omóplato.

Mis ojos se desvían hacia Victoria, que está limpiando su puesto. Esos preciosos ojos de un verde brillante se posan en mí y esboza una sonrisa tímida que me encoge el corazón. Es tan perfecta.

Siempre lo he sospechado, pero nunca he estado seguro. Ahora lo estoy. Ni una jodida duda en mi mente. Esta mujer despampanante es mi pareja predestinada.

En cuanto la vi, lo supe.

Mi oso polar interior también lo supo. Se quedó mirándola boquiabierto y se estuvo quieto por una vez en su jodida vida peluda.

—Un tatuaje de un ángel hecho por un ángel —digo mientras ella rocía el sillón con desinfectante y lo limpia.

Ella niega con la cabeza y se ríe. —¿Puedo esperar que frases cursis como esa sean algo habitual?

—Solo una de las ventajas de ser la pareja de Adrian Cross —replico mientras mis ojos hambrientos la recorren de arriba abajo.

Se muerde el labio inferior y levanta una ceja con coquetería. —¿Y cuáles son las otras ventajas?

—Haz que tu hermano se vaya y te las enseñaré.

Justo en cuanto lo digo, se oye un estruendo en la trastienda y Julian suelta una palabrota. Está haciendo inventario o algo así, completamente ajeno al hecho de que sus compañeros de trabajo están a un segundo de arrancarse la ropa el uno al otro.

—Primer día de trabajo y ya intentando seducir al dueño —dice, negando con la cabeza, aunque una sonrisa sexi asoma en sus labios—. No es muy profesional, señor Cross.

No es profesional en absoluto. Pregúntame si me importa una mierda.

No puedo apartar los ojos de esta chica y, en cuanto su hermano mayor, que hace de carabina, se vaya, tampoco podré quitarle las manos de encima.

Ha sido doloroso mantener las distancias. He esperado toda mi puta vida para encontrar a mi pareja predestinada y ahora que está aquí tengo que portarme bien... Joder, qué suplicio.

Las cosas que quiero hacerle...

Joder.

Dejo escapar un gruñido involuntario y ella vuelve a levantar esa ceja.

—¿Estás bien?

Estoy jodidamente lejos de estar bien. No lo estaré hasta que este precioso ángel se incline delante de mí y mi polla larga y dura se entierre *hasta el fondo* en su apretado y húmedo calor.

—Estoy bien —miento.

Se agacha para limpiar la base del sillón de cuero, y no sé si lo hace a propósito para torturarme, pero consigue ese efecto. Se me pone dura como una piedra mientras miro cómo sus vaqueros se tensan sobre ese culo precioso.

Joder.

Mi cerebro todavía está frito por ese beso. Aún me hormiguean los labios. Mi oso prácticamente vibra bajo mi piel, cantando «*mía, mía, mía*» en bucle como un maldito lunático.

Estoy haciendo acopio de todas mis fuerzas para no tirarla sobre ese sillón y abrirle las piernas.

—Aquí tienes la hoja de pedido —dice Julian al salir de la trastienda, agitándola en el aire—. Si la dejo en el mostrador, ¿lo pedirás todo?

—Mañana a primera hora —responde Victoria mientras se levanta. Tiene las mejillas sonrojadas por haberse agachado y, de algún modo, eso la hace parecer aún más sexi. Parece como si acabara de tener un orgasmo de los que te hacen arquear los dedos de los pies.

—Genial —dice Julian, acercándose a mí y chocándome la mano antes de darme un medio abrazo—. Gracias por echarnos un cable, Adrian. ¿Te veremos mañana?

—Por supuesto —digo mientras clavo los ojos en mi chica—. Estaré aquí mientras se me quiera.

—Claro que se te quiere —dice Julian, riéndose.

La sonrisa tímida en el rostro de Victoria me dice lo mismo. Claro que se me quiere.

—Bueno —dice Julian, dirigiéndose por fin hacia la puerta—. No os olvidéis de cerrar con llave. Me piro.

Lo veo salir de la tienda y subir a su camioneta. El corazón empieza a martillearme en el pecho, sabiendo que estoy a solas con mi pareja predestinada. Por fin. No hay nadie ni nada que nos impida hacer todas y cada una de las guarradas que se nos pasan por la cabeza.

Cuando su camioneta sale a la carretera y se aleja a toda velocidad, por fin me vuelvo para mirar a mi ángel. Respira un poco más agitada, y esas preciosas y turgentes tetas suben y bajan con cada rápida bocanada de aire.

Aquí dentro reina el silencio, a excepción de la suave música de la radio y el latido de mi corazón desbocado.

—Creo que esta es la primera vez que estoy contigo sin que tus hermanos mayores y sobreprotectores anden revoloteando por aquí —digo, ansioso por descubrir lo que eso significa.

—No —dice con su voz suave y dulce—. Hubo otra vez.

Esta vez soy yo quien levanta una ceja.

Baja la mirada por un segundo, como si estuviera rememorando un recuerdo que ha guardado durante años. —Fue en el lago. El

verano que Magnus se compró esa vieja y oxidada camioneta azul.

—Ah, sí —digo, sonriendo al recordar ese trasto de mierda. Se me había olvidado por completo esa camioneta—. No tenía parachoques delantero.

Ella sonríe.

—Magnus no quiso llevarme, así que os seguí con mi moto. Cuando llegué, Magnus y Julian estaban nadando en el lago, pero tú estabas en la parte de atrás de la camioneta, dibujando algo en un cuaderno. No me dijiste nada. Solo asentiste con la cabeza cuando me subí a la caja para sentarme frente a ti.

—Sí que me acuerdo de eso —digo mientras la imagen de una adorable y joven Vic subiéndose a la camioneta con sus vaqueros sucios y rotos vuelve a mi mente.

—Nos quedamos sentados allí quizá unos veinte minutos —dice en voz baja—. Tú dibujaste todo el tiempo, pero yo no paraba de echarte miradas furtivas a la cara, tan concentrada mientras trabajabas. También te miraba las manos. Siempre me han encantado tus manos. Mierda. ¿Demasiada información?

Sonrío y niego con la cabeza.

—Podría haberme quedado sentada allí contigo toda la noche —dice—. Parecías tan concentrado. Tan tranquilo. Tenías una mancha de tierra en el brazo y recuerdo que pensé que parecías… sólido. Como si nada pudiera hacerte vacilar.

La observo atentamente, con el corazón latiéndome con fuerza, viendo ahora este momento a través de sus ojos.

—Estaba demasiado nerviosa para preguntar qué estabas dibujando, pero cuando volvieron los chicos, te levantaste, arrancaste la hoja y me entregaste el dibujo como si no fuera nada del otro mundo.

—¿Qué era?

—Un oso polar rugiendo. Tuve ese dibujo en la pared durante años —susurra, mirando al suelo—. Lo miraba todas las noches. Todavía lo tengo.

La miro fijamente, el aire se aquieta a nuestro alrededor. El pulso me ruge en los oídos.

—¿Lo guardaste? —pregunto, con la voz más áspera de lo que pretendía.

Asiente sin mirarme.

—Claro que sí. Era un pedazo de ti. No podía soportar la idea de tirarlo.

No puedo creer que haya estado aquí todo este tiempo. Mi compañera estaba delante de mí y yo era demasiado ingenuo para darme cuenta.

Me muevo hacia ella lentamente, como si no quisiera asustarla. Mi oso empuja justo bajo mi piel, ansioso por acortar la distancia, por estar cerca de ella y saborearla de nuevo.

Cuando llego a su lado, por fin levanta la vista. Sus ojos verde jade están muy abiertos, tímidos y arden con algo que se parece muchísimo a la necesidad. Tiene las mejillas sonrojadas, la respiración entrecortada. Es despampanante. Nunca he visto nada tan hermoso.

Le levanto la mano hasta la cara y le rozo la mejilla con el pulgar, apenas un leve toque, pero ella se inclina hacia él, estremeciéndose cuando mi piel entra en contacto con la suya.

—Me siento como un idiota por haber malgastado todo este tiempo —digo, con el pecho dolorido al darme cuenta de que nunca recuperaremos esos años.

—Ahora estamos los dos aquí...

—Lo estamos —susurro—. Y no voy a malgastar ni un segundo precioso más con mi compañera.

Le levanto suavemente la barbilla y la beso. Al principio es suave, lento y romántico, pero no tarda en inclinarse hacia mí con un gemido lascivo. Mis manos se deslizan hacia abajo y le agarran las caderas, atrayéndola hacia mí. Ella gimotea cuando siente lo duro que estoy, lo mucho que la necesito.

—*Adrian* —gime mientras desliza las manos por mi pelo, tirando de él y apretándolo en su puño mientras nos besamos como si lleváramos años hambrientos.

Su cuerpo encaja a la perfección con el mío. Por supuesto que sí. Estamos hechos el uno para el otro.

Vuelvo a deslizar las manos hacia sus mejillas, rozándole los costados de los pechos al pasar. Esta chica es increíble. Quiero desnudarla y admirar cada centímetro de su dulce y suculento cuerpo, pero este no es el lugar para hacerlo, rodeado de tinta y de los puestos de trabajo de sus hermanos. Se merece algo mejor que perder la virginidad en su puta silla de trabajo. Le debo más que eso a mi compañera.

Pero solo pensar en parar… *Joder*, es pura tortura.

—Espera —dice mientras se echa hacia atrás, mirándome con esos lascivos ojos verdes. Gimo al ver la sexi imagen de ella soltándose la coleta. Sacude la cabeza y su preciosa melena negra cae en cascada, salvaje y libre. Esta chica puede convertir cualquier cosa en un espectáculo impresionante.

—Estás despampanante, Vic —digo mientras la miro con asombro.

Nuestras bocas chocan de nuevo, con más profundidad y ardor, el aire se vuelve más denso a nuestro alrededor, nuestros osos rugen justo bajo la superficie, salvajes y listos para tomar el control.

Quizá no le quite la virginidad aquí, pero eso no significa que no podamos divertirnos un poco...

Jadea cuando de repente la cojo en mis grandes brazos. Le beso su suave boca mientras la sostengo contra mi pecho, acunándola como el ángel precioso que es.

—Esta noche te saco por ahí —digo mientras la tumbo en el largo sillón de cuero.

—Vale —susurra mientras su mano se desliza por mi brazo flexionado.

Nos besamos de nuevo y ella arquea la espalda, apretando sus pechos contra mi pecho. Se aferra a mí como si necesitara algo más que besos. Me mira como si necesitara un tipo de liberación más intenso. Si no hago esto, mi preciosa chica podría explotar.

Le pongo la mano en la cara interna del muslo y ella deja escapar un gemido profundo. Separa las piernas solo un poco. Una invitación...

Una invitación que no puedo rechazar.

Me arrodillo junto al sillón, deslizando lentamente las palmas de las manos por sus muslos, saboreando cómo se le corta la respiración, cómo sus dedos se aferran al borde del cuero, cómo me mira como si yo lo fuera todo. Esta es mi chica. Mi compañera predestinada. La que el universo creó específicamente para mí. La única que querré jamás.

Después de todos estos años, por fin está aquí. Tumbada frente a mí, dispuesta a darme todo lo que le pida. Todo lo que le exija.

El peso de eso no me pasa desapercibido. La gratitud y el asombro se arremolinan bajo toda esta lujuria implacable. Doy las gracias en silencio al universo por este regalo perfecto y despampanante antes de volver a centrar toda mi atención en ella.

Nuestros ojos se encuentran cuando mis manos llegan al botón de sus vaqueros.

—Podemos esperar —digo, dándole una vía de escape si la quiere.

Su mano se lanza hacia delante y me agarra la muñeca, sujetándola en su sitio.

—No —dice con más urgencia de la que creo que esperaba—. Por favor, no pares… Es que… necesito…

—No tienes que explicarte —susurro mientras me inclino y le beso los labios—. Tú solo recuéstate y disfruta.

Ella gime mientras me mete la lengua en la boca. Joder, qué bien sabe.

Sus caderas se contonean y retuercen en el largo sillón de cuero. Me aparto de su boca y vuelvo a centrar mi atención en el coño suave y húmedo que sé que se esconde tras todas estas capas.

Le desabrocho el botón y le bajo lentamente la cremallera. La visión de sus bragas rosas hace que mi oso ruja en mi interior.

Ya tengo la polla dura como el acero. Me *duele* de deseo por ella. Cada centímetro de mi cuerpo *vibra* por esta mujer.

Ella levanta las caderas mientras le bajo los vaqueros a tirones. Admiro cada centímetro de piel suave y cálida que queda a la vista. El embriagador aroma de su excitación me golpea la nariz y mis fosas nasales se ensanchan; le agarro los vaqueros con fuerza. Se

los arranco del todo, con un poco más de brusquedad de la que me habría gustado.

Se los quito por los pies y me dispongo a doblarlos con cuidado sobre el taburete, pero en cuanto veo la mancha de humedad en el montículo que cubren sus bragas, pierdo el control. Mi mente se vuelve posesiva. Cualquier pensamiento que tuviera sobre ser un caballero se desvanece y dejo caer los vaqueros en un montón desordenado en el suelo.

Gruño por lo bajo mientras le agarro la cinturilla de las bragas y se las bajo por sus largas y suaves piernas.

Mi oso cabrón intenta atravesarme la piel, pero lo contengo mientras mantengo los ojos fijos en sus bragas húmedas. Se las deslizo por sus rodillas temblorosas, por las pantorrillas y se las saco por sus pies perfectos.

La mirada de sus ojos verdes y vidriosos es tan confiada, tan ansiosa, mientras le cojo con delicadeza las rodillas y le abro las piernas.

Por fin me permito mirar, bajando los ojos hacia su coño virgen y expuesto. La preciosa visión me deja sin aliento. Me para el corazón.

Le aprieto las rodillas con demasiada fuerza mientras observo con asombro sus pliegues relucientes, pero parece que no puedo evitarlo. Parece que no puedo hacer otra cosa que admirar este precioso coño rosado.

Su respiración se vuelve más pesada. La mía también.

Prácticamente gruño mientras asimilo cada centímetro; se me hace la boca agua por probarlo.

—Eres preciosa —susurro, incapaz de apartar los ojos de su húmeda abertura—. De una belleza que corta la respiración.

Presiono la palma de la mano sobre su vientre para mantenerla quieta, sintiendo cómo sus músculos se tensan bajo mi contacto mientras bajo la cabeza.

—Adrian… —susurra ella, tensando las piernas.

La miro, con la voz baja y reverente. —Deja que te cuide, Vic. Llevo muchísimo tiempo esperando este momento. Solo quiero probar a mi pareja. Quiero probarte a ti.

Su única respuesta es un asentimiento vacilante y un labio mordido.

Me inclino más, inspirando su aroma. Joder, huele a gloria. Hace que se me erice el vello de la nuca.

Rozo sus pliegues con la nariz y luego la toco con la lengua. Ella echa la cabeza hacia atrás y gime mientras empiezo a lamerle el dulce y maduro coño, sin saber si alguna vez tendré suficiente.

Está jodidamente *deliciosa*. Perfecta en todos los sentidos.

Mi lengua empieza a moverse más rápido y con más fuerza, lamiendo cada centímetro de su dulce coño. La deslizo en su agujero caliente y apretado y la retuerzo antes de volver a subir lentamente hacia su pequeño y necesitado clítoris.

Sus muslos empiezan a temblar, así que los rodeo con mis brazos posesivos y la sujeto en su sitio mientras la *devoro*.

Me empapa la boca y la barbilla, y, joder, me *encanta*. Sorbo cada gota de jugo que me da mientras entierro mi lengua en lo más *profundo* de ella, desesperado por hacer que se corra.

Le ahueco las nalgas con mis grandes manos y las separo mientras le levanto el coño hacia mi boca, lamiendo y chupando con un salvaje desenfreno.

—*Adrian* —gime ella, con esos sexis ojos verdes entornados mientras me observa. Su pelo negro está todo revuelto por culpa de sus manos. Sus adorables mejillas están sonrosadas. Noto que está a punto de correrse. Voy a hacerla sentir tan bien que nunca olvidará este momento. El momento en que su pareja lo cambió todo.

Enarca la espalda y grita mientras sus dedos con garras se aferran al cuero de la silla. Le chupo el clítoris, moviendo mis labios y mi lengua sobre él con un movimiento rápido y rítmico. Sus caderas se balancean al ritmo de mi boca mientras sus pechos suben y bajan con cada rápida respiración.

Es jodidamente impresionante. Estoy alucinado mientras la observo a punto de correrse por primera vez.

—*Sí* —susurra mientras me agarra la nuca, sujetándola mientras empieza a restregar su sexo contra mi boca. Sonrío contra su coño

mientras ella lo frota arriba y abajo contra mi boca como si no pudiera conseguir suficiente fricción.

La empujo de nuevo contra la silla y la *arraso*, joder, inmovilizando su cuerpo contra el cuero mientras mi boca se mueve sin piedad sobre su coño húmedo, arriba y abajo, a izquierda y derecha. Ella gime y grita, estrujándose las tetas y mordiéndose los labios mientras le doy tanto placer que no puede soportarlo.

Cuando se corre, se corre con *fuerza*, casi arrancándome el pelo de la cabeza mientras grita mi nombre.

—*¡Joder, Adrian!* —brama mientras todo su cuerpo estalla en éxtasis. El intenso orgasmo desgarra su cuerpo, dejándola temblando, estremeciéndose y gimiendo ante mí.

Parece que no puedo evitar que mi boca se mueva sobre ella, lamiéndole suavemente los pliegues e intentando que el orgasmo dure lo máximo posible.

Su mano se desliza por mi cabeza y me acaricia suavemente la mejilla antes de desplomarse en la silla con un gemido de satisfacción.

Mi polla está que arde en mis pantalones, dura como una piedra y lista para la acción.

Pero hago todo lo posible por ignorarla. Ya se divertirá más tarde. Ahora mismo, solo quiero dejar que mi chica se ahogue en el placer.

—Adrian… —susurra ella mientras se le cierran los ojos—. Ha sido increíble.

—Eso solo ha sido el principio, nena —digo antes de darle otro lametón largo y lento—. Todavía no has visto lo que es increíble.

CAPÍTULO SEIS

Victoria

Es una locura lo rápido que puede acelerarse la vida a veces. Durante los dos últimos años, me había acomodado en una rutina agradable. Trabajar en la tienda con mis hermanos, dejar que mi osa deambulara por las montañas, practicar mi arte —bocetos y entintado—, intentando mejorar siempre. Era agradable, tranquilo y placentero.

Pero en cuanto la puerta de *Calor & Tinta* se abrió y entró este delicioso cambiante oso polar, nada ha vuelto a ser lo mismo. Nada volverá a ser igual.

Mi compañero lo ha cambiado todo. Le ha dado la vuelta a mi agradable y placentera vida, cambiando la tranquilidad por la emoción. Cambiando la calma por una lujuria implacable e insaciable.

Creo que me gusta más mi nueva vida.

Porque sentada aquí, en la cena, con este precioso rostro masculino mirándome, bañado por el resplandor de la luz de las velas, su mano grande y poderosa aferrando la mía, el recuerdo de su boca ardiente y sexi todavía zumbando entre mis piernas… no cambiaría nada. Excepto, quizá, para que durara más.

—Creo que van a cerrar —digo mientras miro alrededor del restaurante vacío. Somos los únicos que quedamos, escondidos en un rincón romántico, con la botella de vino de nuestra mesa terminada desde hace tiempo.

—No quiero irme —dice Adrian mientras esos cálidos ojos azules me recorren, haciéndome sentir un hormigueo por todo el cuerpo.

—La noche no tiene por qué terminar —susurro mientras me acerco. Le toco la pierna por debajo de la mesa con el pie y él suelta un gemido ahogado. Me encantan los sonidos que no paro de arrancarle. Los gruñidos, los gemidos, los quejidos y los gruñidos posesivos. Es tan sexi—. Podemos ir a otro sitio. Hay un bar al final de la calle.

Decidimos tener piedad de la amable camarera y dejarla ir a casa. Adrian insiste en pagar la cena, aunque yo intento pagarla a medias con él. Pero no quiere ni oír hablar de eso.

Me sujeta la puerta para que pase y luego me coge de la mano mientras caminamos hacia el bar. La calle está tranquila, casi no hay nadie en nuestro pequeño pueblo de Montana. Pasamos por la oficina de correos y el ultramarinos, que están cerrados. Oigo la música del bar flotando en la brisa fresca. No tenemos prisa, así que caminamos despacio, tomándonos nuestro tiempo y poniéndonos al día de todos los años perdidos.

—¿Dónde te alojas?

—Magnus me ha dicho que podía quedarme en su casa hasta que volviera —dice Adrian.

—¿Te dejó una llave?

Me lanza una mirada traviesa. —Puede que haya roto la ventana trasera al intentar forzarla. No le digas que he sido yo.

—Soy una tumba.

Se detiene y me hace girar, atrayéndome hacia él mientras sonríe mirando mi boca. —Espero que eso no sea verdad.

—Por ti, puedo hacer una excepción.

Mis mejillas se sonrojan mientras él sonríe al inclinarse. —Esa es mi chica.

Gimo mientras me besa bajo las estrellas, con esas manos grandes y perfectas extendidas sobre mi espalda, sujetándome

contra él. Es el que mejor besa. No es que tenga mucha experiencia, pero cuando lo sabes, lo sabes. ¿Sabes?

—A lo mejor deberíamos saltarnos el bar —susurro con timidez mientras una de sus manos se desliza por mi pelo, sujetándome la nuca—. Podemos divertirnos más en mi casa.

Gruñe posesivamente mientras me mira los pechos. Mis pezones están duros y hormiguean bajo esa mirada ardiente. Mi coño ya está empapado. Presiono la cadera contra su erección y él gime. Sí. *Desde luego* que podemos divertirnos más en mi casa.

—Es la mejor idea que he oído en todo el…

El estruendo de unas motocicletas nos interrumpe. Todo el cuerpo de Adrian se pone rígido mientras mira las tres luces que se acercan.

Espero que pasen de largo hacia el bar, pero frenan con un chirrido a pocos metros.

Adrian gruñe mientras me agarra del brazo y tira de mí para colocarme a su espalda, protegiéndome con su enorme cuerpo.

Tiene los brazos y la espalda flexionados mientras los mira fijamente.

—¿Conoces a estos tíos? —pregunto mientras mi osa interior se pone alerta, preparándose por si la necesito.

—Me lo imagino, sí.

Todavía no podemos verlos, porque los focos nos ciegan.

Finalmente, apagan las motos y la calle vuelve a sumirse en la oscuridad. Tardo un segundo en acostumbrarme, pero veo a tres hombres de aspecto hosco bajarse de las motos. No parecen muy amistosos.

—Mierda —masculla Adrian. Se gira con preocupación en los ojos —. Corre, Victoria.

—Ni hablar —digo, apretando los puños mientras salgo de detrás de él.

Me aprieta más el brazo. —*Por favor*.

—Ni de coña —digo mientras miro fijamente a los tres hombres que se acercan—. Me quedo contigo.

Suspira, pero no es un suspiro de fastidio. Es un suspiro de aceptación. De admiración. Ahora estamos juntos en las buenas y en

las malas, y él lo sabe.

La brisa cambia y el olor espeso y húmedo de los lobos me llega a la nariz. Mis fosas nasales se ensanchan mientras mi osa gruñe. Cambiantes lobo. Los tres. ¿Qué demonios querrán de nosotros?

—Hemos oído que habías vuelto al pueblo —dice el hombre alto de delante con una sonrisa arrogante en su cara de niño bonito. Lleva el pelo revuelto, pero parece un revuelo artificial, como si pasara más tiempo arreglándose por la mañana que yo. Parece más una estrella del rock que un asesino, pero por su energía vibrante, sé que las apariencias engañan.

Los dos hombres con el ceño fruncido que están a unos metros detrás de él parecen muros de músculo tatuados.

—No quiero problemas, Knox —dice Adrian mientras pone su brazo delante de mí como un escudo.

Knox se da cuenta y se burla mientras me recorre con la mirada.

A Adrian no le gusta eso. Suelta un gruñido bajo y posesivo. Puedo sentir que su oso interior también se está volviendo loco.

—No la mires —gruñe.

Knox sonríe como un casanova despreocupado mientras vuelve a mirar a mi hombre. —¿Dónde te has estado escondiendo todo este tiempo, Cross? Mi hermano te ha estado buscando.

—Fue hace mucho tiempo —dice Adrian con los dientes apretados—. Dile a Mace que se acabó.

—Esto se acaba cuando Mace diga que se acaba —dice Knox, pasándose una mano por su sedoso pelo castaño—. Es evidente que no tienes ni idea de cómo funciona esto.

—Deja que te explique cómo va a funcionar esto —dice Adrian, avanzando con un gruñido—. Ya no soy ningún cachorro. Como alguno de vosotros, perros, os acerquéis a mí o a cualquiera de los míos, tendréis que véroslas con un oso polar de mil cien kilos bien cabreado.

Knox sonríe con suficiencia y luego vuelve a centrar su atención en mí. —¿Cómo te llamas?

Adrian no soporta que los ojos de ese tipejo estén sobre mí. Su cuerpo entero se sacude como un violento terremoto y, de repente, se transforma explosivamente en su furioso oso polar.

Ahogo un grito y retrocedo, conmocionada por su tamaño. Vi a su oso muchas veces cuando era niña, pero ha crecido muchísimo. Es *enorme*. Y está *furibundo*.

Los tres hombres se transforman rápidamente en sus lobos mientras Adrian carga contra ellos, rugiendo como si estuviera a punto de desatar el infierno sobre los tres.

Tengo que ayudarlo. Parece que el poderoso oso de Adrian podría encargarse de esos caninos sin despeinarse, pero no pienso correr ningún riesgo. Sus lobos también son grandes, y dudo que esta sea su primera pelea.

Mi osa grizzly está más que dispuesta a salir. En cuanto le abro la puerta a la transformación, mi grizzly la atraviesa hecha una furia.

Mis zarpas golpean el asfalto justo cuando los tres lobos y mi furioso compañero chocan. Adrian le asesta inmediatamente un zarpazo a uno con su enorme pata y lo lanza por los aires contra un coche aparcado. Los cristales de las ventanillas estallan y la puerta del copiloto se abolla mientras el lobo gañe.

Adrian inmoviliza al lobo de Knox mientras el tercero le salta a la espalda.

Mi grizzly gruñe al ver cómo le hinca los dientes en la espalda a Adrian, tiñendo de rojo el pelaje blanco.

Mío.

La impulso hacia delante mientras corre hacia la pelea. Salta sobre él, embistiendo sus patas traseras y haciéndolo rodar por el suelo.

Él intenta escabullirse, pero yo aterrizo encima, inmovilizándolo contra el suelo con mis zarpas. Abro las fauces y le rodeo el cuello con los dientes a modo de advertencia. Podría quitarle la vida fácilmente, y una parte de mí quiere hacerlo. No me gusta que amenacen a mi compañero.

Un fuerte disparo de escopeta llama nuestra atención.

Mi osa mira y gruñe al ver a un hombre desnudo apuntando a la cabeza de Adrian con una escopeta. Es uno de los matones, aquel cuyo lobo recibió un viaje en primera clase contra el lateral del coche. Debe de haber vuelto a su forma humana y cogido su arma.

—Suéltalo —grita el hombre, amartillando la escopeta.

El oso polar de Adrian mantiene inmovilizado bajo su enorme zarpa al lobo que gañe. Le enseña los dientes y le gruñe al hombre, desafiándolo a apretar el gatillo.

Ese oso polar es duro y parece que podría aguantar mucho daño, pero ni siquiera un oso polar puede ganar contra un cartucho de escopeta a quemarropa.

Mi osa grizzly suelta al lobo que sujetamos, corre y se interpone delante de mi compañero.

—Suéltalo —dice el hombre, apuntándome a mí y luego a Adrian con la escopeta—. Última oportunidad.

Adrian se aparta a regañadientes y el lobo de Knox pasa corriendo a mi lado. Los tipos se retiran hacia sus motocicletas.

Permanecemos en nuestra forma de oso mientras ellos se vuelven a transformar, cogen sus ropas hechas jirones y se suben a las motos desnudos.

—Puto imbécil —sisea Knox mientras fulmina con la mirada al oso de Adrian—. Deberías haberte quedado lejos. Mace se va a enterar de esto.

El oso polar de Adrian gruñe mientras los ve arrancar las motos y huir a toda prisa.

Nos quedamos de guardia en la calle oscura y silenciosa, observando sus motos hasta que desaparecen al girar la curva. Solo cuando ya no podemos oír el rugido de los motores, nos relajamos y nos miramos.

Nuestros osos se ven como compañeros por primera vez y, si no fuera por tantas preguntas que me rondan la cabeza ahora mismo, disfrutaría un poco más del tierno momento.

Mi osa grizzly lo mira con admiración. Puedo sentir la veneración que fluye por su cuerpo mientras alza la vista hacia su enorme cabeza blanca con esos preciosos ojos azules devolviéndonos la mirada. Es mucho más grande que yo. Incluso más grande que mis hermanos.

Y es todo mío.

Él baja la cabeza y deja escapar un gemido de satisfacción mientras frota su cabeza contra mi cuello. Mi grizzly está en el

paraíso mientras huele su aroma masculino, aspirando todo lo que puede de él.

Les dejamos tener su tierno momento y luego volvemos a nuestra forma humana.

Adrian se vuelve hacia mí, completamente desnudo en la calle oscura. Es la primera vez que veo a este hombre desnudo y no puedo apartar la mirada.

Es magnífico. Alto y ancho, con músculos tatuados y la polla más larga, gruesa y tentadora del planeta colgando entre sus poderosos muslos.

Siento que se me acaloran las mejillas mientras la miro maravillada.

Me sentiría avergonzada si él no me estuviera comiendo con los ojos con la misma intensidad. Le mostré mi mitad inferior en el taller, pero no ha visto el resto. Esos ardientes ojos azules están ocupados recorriendo cada centímetro expuesto de mí.

Ambos nos demoramos demasiado para estar desnudos en una calle pública, pero cuando oímos voces que salen del bar, cogemos nuestra ropa hecha jirones y nos la ponemos rápidamente.

Gimo de decepción cuando esa gran y gloriosa polla queda cubierta por sus vaqueros destrozados. Pero sé que volveré a verla. Pronto.

—Vamos a mi casa —digo mientras le cojo la mano y tiro de él de vuelta hacia el restaurante cerrado donde está aparcada la camioneta de Magnus.

Nos metemos dentro y Adrian empieza a conducir.

Hay tantas cosas de las que quiero hablar con él —el encuentro de nuestros osos, vernos desnudos, preguntarme si le gustó lo que vio—, pero deberíamos quitarnos de en medio primero los asuntos serios.

—¿Quiénes eran esos tipos?

Adrian deja escapar un largo suspiro de exasperación mientras se pasa una mano por su pelo revuelto. —Son la razón por la que me fui.

¿Son la razón por la que me arrebataron a mi compañero durante tanto tiempo? Quiero matarlos yo misma.

—Ese era Knox Rourke. ¿Has oído hablar de él?

Niego con la cabeza.

—Es el hermano pequeño de Mace Rourke, y el segundo al mando de los Warhounds de Rourke. Cuando era más joven, me topé con algo que no se suponía que debía ver.

—¿Qué era?

Retuerce las manos en el volante; aprieta tanto los nudillos que se le ponen blancos. —Me llamaron a la sede de los Warhounds para tatuar a uno de los moteros. Lo que no sabía era que iba a entrar en una pesadilla. Me equivoqué de puerta y…

Me dan escalofríos por todo el cuerpo al ver que ni siquiera puede terminar la frase. —¿Qué?

Inspira profundamente y exhala larga y pesadamente. —Knox y Mace dirigían una brutal red de peleas clandestinas. Obligaban a los licántropos lobo a luchar entre ellos hasta la muerte.

—Dios mío —susurro—. ¿Y tú lo viste?

Asiente mientras mantiene esos preciosos ojos fijos en la oscura carretera.

—Los Warhounds la dirigían e hicieron una fortuna, llevándose una parte de todas las apuestas. Menudos cabrones.

Me imagino a un joven Adrian con su sonrisa despreocupada y su naturaleza inocente entrando y viendo eso. Habría sido suficiente para traumatizar a cualquiera.

—Intenté marcharme —continúa—, pero Mace me atrapó. Me obligó a subir al ring para luchar contra dos licántropos lobo a la vez. Dijo que si no los mataba, me desollaría vivo y mataría a todos los que yo quisiera.

El aire se vuelve tenso y silencioso en la camioneta; solo se oye el suave zumbido del motor mientras bajamos por la oscura carretera de montaña.

—Mi oso polar venció a los licántropos lobo, pero me negué a matarlos —dice—. A Mace no le sentó demasiado bien. Envió a sus perros moteros tras de mí y conseguí escapar, cargándome a unos cuantos por el camino. Lo dejé en evidencia delante de todo el mundo. No es buena idea hacerle eso a un psicópata sádico.

—¿Fue entonces cuando te quemaron la casa?

—Sí —dice con un suspiro—. Mis padres estaban de visita en casa de mi tía en Florida. Acabaron quedándose allí después de que les contara lo que había pasado.

—Qué horror —susurro mientras bajo la vista hacia mis manos inquietas—. Lo siento mucho.

—Estaba tan preocupado por ti —dice, mirándome con todo ese amor y posesión a los que estoy empezando a volverme adicta—. Y por tus hermanos.

Me estiro y le cojo la mano. Él me la sujeta y me aprieta los dedos con suavidad.

—Mace y sus perros no sabían realmente quién era yo, así que pensamos que tú, Magnus y Julian estaríais más seguros si me iba. No quería dejarte, Vic. Me preocupaba que te encontraran si me quedaba y…

Baja la cabeza y aprieta los párpados con fuerza.

—Ni siquiera quiero pensar en ello.

—No pasa nada —susurro mientras le paso la mano por el brazo para calmarlo—. Estoy bien. Nunca me encontraron. Hiciste lo correcto.

—Magnus y Julian dijeron que te cuidarían —dice finalmente tras otra profunda inspiración—. Pensé que sería mejor para todos si desaparecía durante un tiempo. Imaginé que Mace y Knox acabarían tocándole las narices a la gente equivocada y terminarían en la cárcel o a dos metros bajo tierra. Pero nunca ocurrió.

Su enorme pecho sube y baja. Puedo oír los latidos de su corazón.

—Nunca quise dejarte, Vic —dice—. Odio que hayamos perdido todo este tiempo.

Llevo su enorme mano a mi boca y le beso el dorso, dejando que mis labios se detengan en su cálida piel.

—Ya estamos aquí —digo mientras me desabrocho el cinturón de seguridad y me acerco a él—. No perderemos más tiempo.

Deslizo la mano por su enorme y musculoso muslo y él gime como si se muriera por mi contacto. Mi coño reacciona, hormigueando y palpitando mientras deslizo la palma de la mano

hacia arriba. Sus vaqueros están rotos de cuando se transformó en su oso polar, así que es fácil meter la mano y tocarle la piel.

—*Joder* —sisea en voz baja mientras deslizo mi mano peligrosamente hacia arriba—. Lo eres todo para mí, Victoria. *Todo*.

Se me hace la boca agua al ver el contorno grande y largo de su enorme erección presionando contra sus pantalones. La quiero dentro de mí. Quiero saborearla, acariciarla, sentirla deslizarse dentro y fuera de mí. Le necesito. Tanto que es en lo único que puedo pensar.

—Tú solo recuéstate y relájate —susurro mientras aparto sus vaqueros destrozados hasta que puedo ver su larga y gruesa polla.

El pulso se me acelera mientras la contemplo de cerca en toda su belleza salvaje. Está dura como una piedra y es más larga de lo que creía posible en un hombre.

—Oh, Vic —sisea con una voz profunda y sexi mientras le rodeo la polla con la mano, con los ojos fijos en ella, asombrada.

Es una polla preciosa. Gruesa, potente y muy, muy tentadora. Una gran vena recorre la parte inferior, latiendo contra mi palma. El glande es ancho, hinchado y reluciente de líquido preseminal que se escapa en lentas y provocadoras gotas. Las observo deslizarse por toda su longitud, deteniéndose en el pliegue donde mis dedos aprietan con más fuerza.

Adrian gime desde lo más profundo de su pecho, como si le hubieran sacado el sonido de un puñetazo. Sus caderas se contraen, pero se queda quieto, con todas las fibras musculares de su abdomen tensas, como si estuviera a un segundo de perder el control.

—No nos saques de la carretera —digo mientras me aparto el pelo y me humedezco los labios.

—Jamás te haría daño —gime él.

Dios, es *enorme*. Larga. Dura. Es el tipo de polla que te hace olvidar tu propio nombre.

—Joder, Vic —masculla con los dientes apretados—. Estás tan sexi con la mano rodeándome así. Métetela en la boca antes de que me dé un infarto.

Lo miro y la expresión de sus ojos —feroz, hambrienta, apenas contenida— me provoca un escalofrío por la espalda. Me observa como si no esperara que su inocente compañera fuera tan jodidamente traviesa.

Ya verá cuando pruebe esto…

Abro la boca de par en par y me la meto con un gemido.

Dios, es tan *grande*. Se me estira la mandíbula mientras la empujo más adentro, sintiendo su duro miembro deslizarse por mi lengua.

La agarro por la ancha base mientras la rodeo con los labios, moviendo la cabeza arriba y abajo mientras él suelta siseos entrecortados. Sigo recorriendo su gruesa longitud hasta que tengo que recuperar el aliento y la saco con un jadeo.

Alzo la vista, queriendo ver si está disfrutando, y joder. Me está mirando con una expresión salvaje y feroz en los ojos. Una que me dice que está a unos cinco segundos de perder hasta la última pizca de control.

—No pares —gruñe, suplicándome que continúe mientras aprieta el volante con esas manazas—. Vuelve a ponerme esa boquita encima.

Paso el pulgar por la resbaladiza gota de líquido preseminal que se forma en la punta y luego vuelvo a metérmela en la boca. Me encanta su sabor, cómo me llena, cómo suelta esos gruñidos y gemidos sexis como si no pudiera creerse lo que mi boca le está haciendo.

—Me estás matando, Vic. Qué gustazo.

La saco de nuevo y me quedo atónita una vez más al ver su enorme polla en mi mano. Es tan jodidamente grande. Tan potente. Tan absolutamente Adrian. No esperaba menos.

Deslizo la lengua por esa longitud dura y aterciopelada hasta que la siento pulsar bajo mi mano. Me palpita todo el cuerpo, el vientre se me contrae de necesidad.

Él gime mientras le lamo cada centímetro, desde su cabeza redonda e hinchada hasta su gruesa base y sus sexis huevos, que sé que están listos para descargarse en el fondo de mi garganta.

Quiero *sentirlo* y *saborearlo*. Quiero que se corra en mí. Quiero que pierda todo el control.

Vuelvo a metérmela, succionando más fuerte y más profundo, con la lengua arremolinándose y las mejillas hundiéndose a su alrededor.

Su mano se desliza en mi pelo y me lo aprieta, no con brusquedad, sino con autoridad, como si necesitara algo a lo que agarrarse o fuera a estallar en pedazos. Sus musculosos muslos se flexionan mientras me lo meto hasta el fondo, con cada músculo de su cuerpo tenso como la cuerda de un arco.

Puedo notar que está a punto de desmoronarse.

—*Vic* —carraspea, con la voz temblorosa—. No sabes lo que me estás haciendo…

Me echo un poco hacia atrás, lo justo para rodearle el glande con la lengua, saboreando su semen salado y masculino. Gimo, en voz baja y necesitada, y el sonido arranca una maldición de sus labios.

—Eres mi chica —gruñe—. Nunca habrá nadie más que tú.

Lo miro por debajo de las pestañas, con los labios húmedos y las mejillas sonrojadas. Y en el segundo en que nuestras miradas se encuentran, algo se rompe entre nosotros, como si el último hilo que mantenía su control en su sitio acabara de consumirse.

Él sacude la cabeza como si no pudiera creerse que esto esté pasando. Yo tampoco me lo puedo creer.

La tensión de su cuerpo es muy intensa. Tiene todos los músculos flexionados. Eso me indica lo cerca que está. Su respiración también es entrecortada. Tiene la mandíbula apretada. Está intentando no correrse. Intenta alargarlo.

Pero yo no quiero que lo haga.

Quiero que pierda el control. Por mí.

—No te contengas —digo mientras se la saco y respiro hondo—. Dámelo. *Por favor*.

Vuelvo a metérsela en la boca y empiezo a chupársela y a masturbársela con todas mis fuerzas. Cuando gimo sobre su polla, eso es el detonante. Es la gota que colma el vaso.

Gruñe desde lo más profundo de su pecho —un sonido gutural y animal— mientras se estremece con *fuerza*, su agarre en mi pelo se

intensifica y todo su cuerpo se sacude con violencia.

Y entonces se deja llevar.

Me quedo sin aliento al sentirlo, caliente y potente, inundando mi boca. El pulso, el torrente, la crudeza de todo. Es jodidamente excitante. Me *duele* el coño mientras me trago hasta la última gota del semen caliente que me da, sintiendo el calor deslizarse por mi garganta hasta mi pecho.

Me encanta. Lo amo. Me encanta estar por fin con mi compañero y que todo este nuevo mundo de experiencias se abra ahora ante mí. Ante nosotros.

No puedo creerme que vaya a vivir todo esto con el hombre del que llevo toda la vida enamorada. Con Adrian.

Gimo mientras le chupo la polla dura, intentando sacarle hasta la última gota mientras él se hunde en el asiento y la tensión abandona su cuerpo como si abrieran una válvula.

Cuando por fin terminamos, lo suelto a regañadientes y me recuesto en mi asiento, limpiándome la comisura de los labios mientras echo un vistazo a mi hombre.

Sus ojos están fijos en mí, salvajes y oscuros, mirándome como si acabara de destrozarlo.

No puedo evitar sonreír al saber que he sido yo quien ha hecho temblar y gemir a este cambiaformas grande y poderoso.

Me hace preguntarme qué más puedo hacer.

Y lo rápido que podemos volver a mi casa.

CAPÍTULO SIETE

Adrian

No me hace un recorrido por su casa.

Apenas llegamos a la entrada antes de abalanzarnos el uno sobre el otro, con las bocas devorándose y las manos arrancando lo que queda de nuestra ropa hecha jirones.

Presiono a mi chica contra la pared mientras la beso con fuerza, saboreando su dulce esencia. Mi polla es una barra de acero mientras la clavo contra su cadera. Estoy a punto de reclamar a mi compañera. Estoy a punto de quedarme con *todo*.

—Eres tan sexi —digo mientras le cojo un puñado de pelo y le echo la cabeza hacia atrás, dejando su cuello al descubierto—. Las putas cosas que quiero hacerte...

Recorro su clavícula a besos hasta llegar a su cuello, lamiendo y presionando mis labios en el lugar destinado a mi marca. Sé que le hormiguea porque se estremece cada vez que mis labios se acercan.

Yo también tengo un sitio en mi cuello. Ella va a marcarme igual que yo voy a marcarla a ella.

—He esperado toda una vida para esto —digo mientras le quito la camiseta y el sujetador. Se le rompió cuando recuperó su forma humana en la tienda e hizo lo que pudo para atárselo, pero no dura mucho bajo mis manos exigentes.

Los jirones de tela caen al suelo y yo retrocedo, conteniendo la respiración mientras observo sus preciosas tetas caer, desnudas y libres.

Se me hace la boca agua mientras admiro cada centímetro de ellas. Las deliciosas curvas, su *peso*, los perfectos botones rosados de las puntas suplicando por mi boca. Me quedo maravillado mirándola.

Son turgentes, redondas y perfectas, y se balancean ligeramente con cada preciosa bocanada de aire que toma. La imponente visión casi acaba conmigo.

—Cada vez estás más buena —digo mientras deslizo mis manos hacia ellas, agarrando sus curvas mientras rozo sus duros pezones con los pulgares—. Estás llena de sorpresas.

Ella echa la cabeza hacia atrás con un gemido mientras me inclino y me llevo un pezón a la boca, lamiendo y succionando mientras ella se estremece y respira más fuerte. Me tomo mi tiempo, saboreando un pecho antes de pasar al otro, apretando y chupando y dejando que mi barba incipiente roce ligeramente su piel.

Deslizo mi mano por su vientre desnudo y gruño cuando llego a la ropa. De un tirón fuerte, le arranco los vaqueros rotos y las bragas, dejando a mi chica completamente desnuda.

—No me canso de ti —gruño, con la voz ronca por el deseo, mientras me arrodillo. Inclino la cabeza hasta que su coño húmedo está justo delante de mi cara. Mi oso interior refunfuña mientras aspiro su delicioso aroma.

Quiero volver a probar su coño virgen antes de hundir mi dura polla en él.

—Oh, Adrian —gime mientras su cuerpo se estremece, con la espalda pegada a la pared—. Yo tampoco me canso de ti.

Le levanto una pierna y me la pongo sobre el hombro, con los ojos fijos en su coño mojado. Es tan bonito. Tan jodidamente tentador.

Sus piernas tiemblan mientras me inclino y le doy suaves y lentas lametadas, arrastrando mi lengua por su hendidura húmeda y caliente. Le meto dos dedos en su sedosa abertura y gimo al sentir lo fuerte que me aprieta.

Mi polla está dura como una roca y tengo que tocarla. Envuelvo mi carnosa polla con la mano y empiezo a masturbarme mientras devoro el dulce y suculento coño de mi chica como si no fuera a tener otra oportunidad.

—Dormitorio —musita con una voz profunda y ronca que apenas reconozco—. Llévame al dormitorio, Adrian. Y *fóllame*.

Hundo mi lengua en su apretado agujero una última vez y luego me levanto, limpiándome la humedad de la barbilla con el dorso del antebrazo.

Márcala, gruñe mi oso en mi interior.

Hazlo.

Puedo sentir su necesidad desgarrándome. Quiere que le hunda los dientes en el cuello y, por la forma en que Victoria no deja de tocarse el punto bajo la mandíbula, puedo decir que ella quiere lo mismo.

Una vez que pongamos nuestra marca en ella, todo hombre que se cruce con esta belleza sabrá que tiene dueño. La parte posesiva de mí está deseando que llegue ese momento. La quiero toda para mí.

—Ven aquí —gruño mientras la cojo en brazos y la pego a mi pecho. Ella desliza su mano hacia abajo y empieza a acariciar mi polla, arriba y abajo, arriba y abajo, mientras yo intento que no me fallen las piernas.

No sé dónde está el dormitorio, pero paso la cocina y sigo por el pasillo. Si su dormitorio no está ahí, habrá *algo* sobre lo que poder follármela. Estoy listo para follármela en cualquier parte: en el suelo, en la ducha, contra la pared... Solo quiero estar en lo más profundo de mi chica.

Veo una cama grande y entro en la habitación, gimiendo mientras ella recorre mi polla con su mano apretada.

La beso una última vez antes de bajarla a la cama y dar un paso atrás para admirarla. No lleva nada más que la tinta de su piel y es lo más bonito que he visto nunca.

Su manita traviesa se desliza de inmediato entre sus piernas y empieza a juguetear con su coño para mí, ofreciéndome un espectáculo erótico. La observo con el pecho encogido mientras se

frota el clítoris y luego se introduce los dedos en su agujero, del que mana su deliciosa humedad.

—Chúpatelos hasta dejarlos limpios —le ordeno mientras la miro con una mirada ardiente—. Prueba lo dulce que estás.

Me mira fijamente a los ojos y gime mientras se lleva los dos dedos mojados a la boca y los chupa hasta dejarlos limpios. Joder, es increíble. Es un puto sueño.

No aguanto más. *Necesito* estar dentro de ella.

Abre las piernas de par en par mientras me subo a la cama y el colchón se hunde bajo mi peso. Cojo mi polla dura y la guío hasta su coño mientras ella me agarra por los hombros y tira de mí para colocarme encima.

Ambos nos estremecemos cuando mi gruesa punta toca su hendidura. La deslizo arriba y abajo por su coño húmedo antes de clavarla en su estrecho agujero virgen.

—*Adrian* —sisea mientras sus uñas se clavan en mi piel—. Eres tan *grande*...

Aprieto los dientes y sigo empujando, *tomando* su virginidad mientras me deslizo centímetro a centímetro. Las sedosas paredes de su coño me aprietan con una fuerza increíble mientras empujo las caderas hacia delante, hundiéndome hasta el fondo.

Le doy una última embestida fuerte y me hundo por completo, con mi pelvis dura presionando su clítoris, mis pesados cojones apoyados en sus nalgas y mi polla engullida por el coñito perfecto de mi pareja.

Estoy en el paraíso. Parece irreal.

—*Joder* —susurro, sintiendo la increíble presión alrededor de mi miembro.

Mi chica se aferra a mí mientras se acostumbra a mi tamaño, sollozando y gimiendo en mi oído.

Sus pechos están apretados contra mi torso, sus manos clavándose en mi piel, su coño *apretándome* a la perfección. No sé en qué centrarme, así que intento asimilarlo todo, sabiendo que por fin he reclamado el dulce coño de mi pareja.

Empiezo a balancear las caderas lentamente, moviéndome un par de centímetros hacia delante y hacia atrás. Su coño se cierra sobre

mi polla como si no quisiera que se marchara.

—Eres *mía* —gruño en su oído mientras empiezo a embestir, dándole largas y lentas sacudidas con mis caderas—. Este coño me pertenece a *mí*.

—Lo sé —gime mientras se aprieta contra mí con cada embestida —. Siempre he sido tuya, Adrian.

Ya no puedo ir más despacio. Empiezo a darle embestidas firmes y duras, y ella grita con cada una como si no se saciara nunca.

La estoy follando duro y profundo cuando mi oso empieza a impacientarse.

Márcala, me gruñe al oído. *¡Márcala ya!*

Miro el punto de su cuello y mi oso se vuelve loco, intentando liberarse de mí con una furia animal.

Tranquilo, intento decirle, pero solo se enfada más. Intenta salir, pero aprieto los músculos, flexionándolos con fuerza mientras a duras penas lo contengo.

¡¿Qué coño pasa?! le rujo.

No quiere escuchar nada. Solo quiere nuestra marca en ella y no parará hasta conseguirla.

—Está bien —dice Victoria mientras recibe cada centímetro de mi duro castigo—. Yo también la quiero. Quiero tu marca en mí.

Mi oso se desliza, por los pelos. Me arden los caninos mientras se alargan hasta convertirse en puntas largas y afiladas. Mis brazos y mi pecho se hinchan. Mi espalda se vuelve monstruosamente grande. Lo detengo y lo sujeto antes de que salga del todo.

Victoria solloza cuando mi polla se engrosa y se alarga dentro de ella, sin que mis caderas dejen de moverse ni un segundo. Su estrecho coño lo absorbe todo mientras me quedo atascado a mitad de fase, listo para marcarla para siempre.

Ahora, me gruñe el oso al oído. *¡Márcala!*

Beso la suave carne de su cuello y luego le clavo los dientes, hundiéndolos hasta el fondo. Victoria se retuerce, gritando bajo mi cuerpo mientras le pongo la marca en la piel. Su coño estalla alrededor de mi polla, corriéndose con fuerza mientras grita de placer y dolor.

Mantengo los caninos de mi oso clavados un segundo o dos más y luego los saco, besando la zona sensible. Mi chica está temblando debajo de mí, sacudida por el orgasmo más intenso de su vida.

—¿Estás bien? —pregunto, pero cuando me echo hacia atrás y la miro, veo que está lista para ponerme su propia marca. Sus ojos brillan dorados y sus afilados caninos asoman entre sus labios.

Contengo el aliento, sorprendido, cuando se abalanza sobre mí y me clava los dientes en el cuello. Aprieto el puño sobre el colchón al sentir cómo se aferra a mí; el peso, el dolor punzante y la sensación de ser reclamado me golpean a la vez.

Mis caderas siguen moviéndose a un ritmo despiadado, follando su estrecho coño mientras ella me reclama como suyo. En cuanto siento que su marca se impone, anclo mi polla en su coño y me corro con *fuerza*, más fuerte que nunca.

Sus dientes se deslizan hacia fuera y ella se desploma en la cama mientras mi polla se sacude, descargando hasta la última gota de semen caliente en su fértil vientre. Ella lo absorbe todo con un gemido, mirándome con esos exquisitos ojos verdes.

La rodeo con los brazos y sujeto su cuerpo con fuerza mientras sigo embistiendo, un poco más despacio, pero con la misma profundidad.

Ahora es diferente. La marca en mi cuello... La marca en el suyo... Ahora somos uno de verdad. Y nunca podrán separarnos.

—¿Te ha dolido? —le susurro al oído. Ella balancea las caderas mientras la embisto profundamente, manteniendo un ritmo firme y constante.

—Tú nunca podrías hacerme daño —susurra mientras desliza las uñas por mi espalda, provocándome escalofríos.

Pasamos el resto de la noche así... besándonos, tocándonos, embistiéndonos y corriéndonos.

El sol está saliendo cuando por fin salgo de su perfecto coño rosado. Nos quedamos dormidos en los brazos del otro, completa y absolutamente satisfechos.

Completa y absolutamente enamorados.

CAPÍTULO OCHO

Victoria

—Deja de retorcerte —digo mientras cojo el brazo de Adrian y lo aprieto contra mi silla.

—No me estoy retorciendo —dice con un fuerte resoplido—. Estoy completamente quieto.

—Te estás retorciendo —digo, frunciendo el ceño en broma—. ¿Es que te dan miedo las agujas o qué?

—No —dice, pero tarda un poco más de la cuenta en responder.

—¿A que sí?

Él pone los ojos en blanco. —Empieza ya con el tatuaje de una vez.

Me río por lo bajo mientras presiono la máquina de tatuar contra el contorno de su antebrazo. Él se estremece cuando las agujas lo tocan.

—¿Estás bien? —le pregunto, alzando la vista hacia él.

Asiente, pero tiene la mandíbula apretada y una gota de sudor le resbala por la sien. —Quiero hacérmelo. Tú sigue.

Me parece divertidísimo que este metamorfo de oso, grande y fuerte, que es tatuador, nada menos, y está cubierto de tatuajes, le tenga miedo a las agujas. Resulta hasta tierno y me recuerda que este hombre despampanante, al que he idealizado como a un dios

durante todos estos años, no es más que un ser humano, al fin y al cabo.

Nos estamos haciendo tatuajes a juego. ¿A que es adorable?

Él me hizo el mío primero: dos huellas de zarpa en el dorso de la mano. La zarpa de un oso polar junto a la de un oso pardo.

Ya nos marcamos el cuello el uno al otro hace unos días, pero los dos queríamos algo que pudiéramos mirar sin necesidad de un espejo.

Sus dedos se contraen mientras trazo las garras de la zarpa del oso polar. —¿Quieres que te coja la mano? —pregunto, conteniendo a duras penas una sonrisita.

Me fulmina con la mirada. —Voy a ponerte sobre mi rodilla, Vic.

—No mientras sostenga una aguja de tatuar, desde luego.

Resopla por la nariz, pero la comisura de sus labios se contrae hacia arriba. —Estás disfrutando demasiado con esto.

—Oh, ya lo creo —digo con una sonrisa traviesa—. ¿Ver al poderoso Adrian Cross sudar bajo mi contacto? Es un regalo.

Él resopla, y yo levanto la vista justo a tiempo para verlo mirándome con esa expresión…, esa que siempre me cortocircuita el cerebro y hace que mis bragas parezcan opcionales. Intensa. Concentrada. Como si yo fuera lo único que ve.

—No me mires así —murmuro, mojando la aguja de nuevo—. Me distraes mucho.

—¿Mirarte cómo?

—Como si estuvieras a dos segundos de volcar esta silla y hacerme las bragas jirones.

Él sonríe. —Eso es *exactamente* en lo que estoy pensando.

Tengo que retirar la mano porque el corazón se me empieza a desbocar. —Vale, necesito que dejes de hablar, a no ser que quieras que esta zarpa de oso parezca un cangrejo mutante.

Él se ríe en voz baja, pero esta vez se queda quieto, sin apartar la mirada de mi cara mientras termino el contorno.

Es mi cliente más despistante hasta la fecha, pero me las apaño para terminar el tatuaje mientras el sol se pone fuera. Nos hemos quedado después del trabajo para hacer esto, así que solo estamos nosotros dos. Como a mí me gusta.

Cuando termino, utilizo una toallita de papel limpia y un limpiador suave para retirar el exceso de tinta, sangre y plasma de su piel, limpiándola con cuidado. Vuelvo a revisar el tatuaje una última vez por si se me ha escapado alguna zona y para asegurarme de que no necesito hacer ningún retoque final. Todas las líneas y el sombreado están completos, lo que es una sorpresa, ya que mi cliente ha sido absolutamente despistante con esos intensos ojos azules y esos enormes brazos sexi.

—Ya está —digo mientras me echo hacia atrás y respiro.

Adrian se incorpora y flexiona el brazo para examinárselo. Las huellas de las zarpas son nítidas y marcadas, justo debajo de la curva de su codo. Su expresión se suaviza y las acaricia con los dedos como si tocara algo sagrado.

—Me encanta. Lo has hecho bien, Vic. *Muy* bien.

—Otro cliente satisfecho —digo, sonriendo de oreja a oreja.

—Oh, no —dice mientras se levanta lentamente, alzándose sobre mí—. No estoy satisfecho. Estoy muy, muy lejos de estar satisfecho.

Contengo el aliento, sabiendo lo que está a punto de suceder cuando veo el fuego en esos intensos ojos azules. Estamos solos en la tienda cerrada. No hay nadie en kilómetros a la redonda. Nadie que pueda oírme gemir.

—¿Qué puedo hacer para complacerte? —pregunto con un tono suave e inocente—. Siempre quiero que mis clientes queden satisfechos.

Me paso el dedo por los labios y lo deslizo hasta el escote como la descarada que soy. —Haré cualquier cosa, señor Cross.

Él gruñe al verme morderme el labio inferior mientras le aleteo las pestañas.

Sus ojos se oscurecen y me dedica esa mirada posesiva que tanto me gusta.

Acorta la distancia entre nosotros en dos zancadas y me levanta como si no pesara nada. Le rodeo el cuello con mis brazos y el cuerpo con mis piernas, presionando mi coño palpitante contra su polla dura. Mis párpados se cierran y un gemido se escapa de mis labios. Huele tan bien. Es increíble al tacto. Me *encanta* estar cerca de este hombre.

—Sabes lo que quiero —gruñe mientras me lleva al almacén del fondo—. Sabes qué me dejará satisfecho.

Mi espalda choca contra la pared y los botes de tinta caen con estrépito al suelo, desde las estanterías que nos rodean. No me importa el desorden. Estoy demasiado concentrada en la sensación de las manos necesitadas de Adrian en mi culo mientras me aprieta contra la pared.

—Dímelo —susurro mientras le beso el cuello, justo en el punto que marqué—. Quiero oírtelo decir.

—Tu coñito suave envolviendo mi polla es un buen comienzo —dice mientras restriega su erección contra mi sexo ardiente. Gimo y sollozo mientras todo mi cuerpo empieza a palpitar. Me alegro tanto de haberme puesto falda hoy.

—Bueno, ya sabes lo que dicen —susurro entre gemidos—. El cliente siempre tiene la razón.

Su boca se estrella contra la mía, pura lengua, dientes y necesidad primigenia. Bajo la mano y le arranco el cinturón, desesperada por liberar a su bestia, larga y dura. Le bajo la cremallera en un tiempo récord, meto la mano en sus bóxers y saco su polla, dura como una piedra.

Me aparto rápidamente mis bragas mojadas y él me baja sobre su miembro; mis labios húmedos se abren para él con facilidad.

Ambos soltamos un grito mientras me deslizo por su polla, recorriendo cada centímetro, grueso y glorioso.

—Llevo todo el puto día queriendo hacer esto —dice mientras me embiste, sacudiéndome contra la pared. Caen más botellas mientras se hunde hasta el fondo, haciéndome gritar y que se me encojan los dedos de los pies—. Es una tortura trabajar a tu lado. Tener que mirar esa boca sexi, estas tetas que se menean, saber que tu coñito suave está ahí mismo esperándome… Joder, Vic. Un hombre no puede aguantar tanto.

Me aferro a él mientras me embiste una y otra vez con un ritmo duro y constante. Es tan placentero que no puedo hablar. Simplemente me abrazo a él y disfruto del viaje.

Me pone empapada cada vez. Le dejo su polla perfecta hecha un desastre, pero a él no parece importarle lo más mínimo. Se limita a

seguir dándome caña con embestidas duras e implacables.

Lo rodeo con mis brazos con fuerza y hundo el rostro en la marca de su cuello mientras un intenso orgasmo surge rugiendo de la oscuridad. Es de los grandes. Siempre lo son con mi pareja.

Con un grito, me golpea, recorriéndome en una oleada de placer. Todo mi cuerpo tiembla mientras el calor se apodera de mí, fluyendo por mis brazos y piernas mientras mi coño se aprieta alrededor de su polla palpitante.

Siento cómo la musculosa espalda de Adrian se tensa mientras me embiste con fuerza hacia arriba, hincándose profundamente en mi vagina palpitante y soltando una carga caliente de semen en mi coño.

Es perfecto. Es mágico. Todavía no puedo creer que todo esto sea real.

Nos abrazamos con fuerza, con la pared como único sostén, mientras recuperamos el aliento, inhalando el aroma del otro.

—¿Satisfecho? —susurro mientras le paso la mano por su musculosa espalda.

—*Mucho*.

—¿Volverás a por más?

—Todos los putos días.

Sonrío mientras bajo los pies al suelo. Me tiemblan las piernas. Siento como si todo mi cuerpo resplandeciera.

Parece el momento perfecto, hasta que la ventana se hace añicos.

—¿Qué cojones? —ruge Adrian, soltándome mientras se sube los pantalones. Me visto rápidamente y lo sigo a la parte delantera.

Pequeños cubos de cristal están esparcidos por todo el suelo de la tienda y hay un enorme agujero en la pared de cristal. Pero no es eso lo que me llama la atención.

En el aparcamiento hay una docena de licántropos en motocicleta.

Los Mastines de Guerra de Rourke. No necesito leer sus chalecos de cuero para saber con quién estamos tratando.

—Victoria —dice Adrian, volviéndose hacia mí con preocupación en los ojos—. Sal por la parte de atrás y transfórmate en tu osa.

Corre hacia las montañas y no te detengas, ve tan rápido como puedas.

—Ni de coña —digo mientras mi osa gruñe, preparándose para ayudar a defender a nuestra pareja. Se pasea de un lado a otro en mi interior, lista para cualquier cosa—. Me quedo contigo.

Me agarra del brazo y me hace girar mientras alguien desde fuera grita su nombre. —Tienes que irte. *Ahora*. Yo los contendré.

Aprieto la mano en un puño y la levanto, plantándole mi nuevo tatuaje en la cara. —¿Crees que me hice esto por diversión? No, Adrian. Estoy contigo hasta el final.

Ve la determinación en mis ojos y sus hombros se hunden, derrotados. —Por favor, Vic. No puedo dejar que te pase nada.

Aprieto los dientes mientras me vuelvo hacia los perros no invitados en mi aparcamiento. —Pues vamos a patearles el culo.

Mi osa se mantiene a flor de piel mientras salgo furiosa con Adrian justo detrás de mí. Se pone a mi lado mientras nos enfrentamos a los hombres. Trece en total.

—Llevo mucho tiempo buscándote —dice el hombre que está junto a Knox. Parece un bloque de hormigón con piernas: todo músculo grueso, hombros anchos, un pecho de barril y una mandíbula ancha que parece que se la han roto en más de una ocasión. Tiene una cicatriz en la ceja izquierda y unos ojos grises claros tan fríos y atroces que me dan un escalofrío—. ¿Dónde te has estado escondiendo?

—Dejadnos en paz, Mace —brama Adrian con un tono grave de advertencia—. Cualquier problema que tuviéramos ya es cosa del pasado.

—Será cosa del pasado —dice Mace con una mueca de desdén— cuando yo diga que lo es.

Esos espeluznantes ojos grises se desvían hacia mí y sonríe como si acabara de descubrir la única debilidad de Adrian. —¿Y quién es esta?

Adrian gruñe mientras da un paso adelante, con todo el cuerpo en tensión. Noto que su oso polar enfurecido está a punto de estallar mientras mira fijamente a Mace.

—Ni se te ocurra mirarla —sisea—. Es *mía*.

La situación es peligrosísima, pero aun así me sonrojo al oírle llamarme suya. A pesar de todo lo que está pasando, sigo siendo una tonta por este hombre.

Céntrate, chica, me recuerdo a mí misma. *Esto es a vida o muerte*.

Y lo es. Estamos rodeados por trece cambiantes asesinos que quieren saldar una cuenta.

Nos superan ampliamente en número, pero tenemos un arma secreta.

Adrian y yo luchamos el uno por el otro. Nuestros osos lucharán por su pareja.

Y un oso que lucha por su pareja predestinada *nunca* será superado.

CAPÍTULO NUEVE

Adrian

Estoy *furioso* de que estos cambiantes lobo estén aquí, amenazando a mi pareja. Quiero despellejarlos a todos vivos. Me hierve la sangre. Aprieto los puños con tanta fuerza que se me clavan las uñas en las palmas y me sacan sangre. Los quiero a todos *muertos* por haber venido. Por mirar a mi chica. Por atreverse a estar en presencia de mi diosa.

Y por muy enfadado que esté, mi oso rabioso lo está todavía más.

Ruge en mi interior, gruñendo y rechinando los dientes mientras da vueltas, desesperado por salir y desatar una carnicería contra esos lobos.

—Última oportunidad, Mace —siseo mientras le sostengo la mirada a su líder—. Largo. Ahora.

Se ríe de mí. El muy cabrón se ríe.

Aprieto los dientes mientras los miro fijamente a los trece.

Aunque se marchen ahora, esto no habrá terminado. Tendré que preocuparme de que le hagan daño a Victoria cada vez que yo no esté. No volveré a dormir tranquilo nunca más. Mi mente estará llena de preocupación el resto de mis días.

Esto tiene que acabar aquí. Tiene que acabar ahora.

—Muy bien —digo mientras dejo que mi oso polar enfurecido irrumpa—. Como queráis.

La piel se me tensa mientras mis músculos se expanden. Mis dientes se alargan y las yemas de mis dedos se parten en dos cuando unas largas garras negras se abren paso. Duele, pero es un dolor dulce. Y solo dura una fracción de segundo.

Los tres Wolfhounds más cercanos retroceden cuando mi oso polar explota con un rugido salvaje.

Mátalos, le digo para instarlo. *Mátalos a todos para protegerla.*

No necesito pedírselo dos veces. Una furia salvaje e indómita corre por sus venas mientras carga hacia delante con un gruñido.

Salta sobre el hombre más cercano y le arranca la yugular antes de que le dé tiempo a transformarse.

Alguien ahoga un grito. Otro maldice. Mi oso polar echa la cabeza hacia atrás, con la boca manchada de sangre roja, y ruge con una rabia sanguinaria.

Los hombres empiezan a convertirse en lobos a nuestro alrededor. Huelo al oso grizzly de Victoria y me vuelvo para verla cargar hacia la pelea. Odio que mi pareja esté en esta situación por mi culpa, pero ese oso feroz parece que puede defenderse de sobra.

Acabo con otro lobo de un solo zarpazo, estampándolo contra el pavimento. La sangre salpica por todas partes. Otro lobo se lanza contra Victoria. Yo cargo, lo intercepto en el aire y lo estrello contra el suelo con tanta fuerza que sus costillas crujen bajo mis zarpas.

No dejan de venir. Nosotros no dejamos de luchar. Pero son rápidos. Feroces. Y son muchos.

El oso de Vic embiste a un lobo y lo manda dando volteretas hacia atrás contra una motocicleta, y luego le clava los dientes en la pata trasera a otro lobo. Este aúlla de dolor.

Es todo lo que veo antes de que mi oso se vea asediado por lobos. Están por todas partes, mordiéndome la espalda y las patas y arañándome la cara.

En toda mi vida, nunca había visto a mi oso polar desatado. Nunca lo había visto luchar con total desenfreno. Con semejante rabia.

Estos lobos no tienen ninguna oportunidad. Los hago trizas como si nada, mandándolos a volar, ensangrentados y cojeando. Sus gemidos y aullidos llenan el aire mientras me encargo de dos o tres a la vez.

No le quito el ojo de encima a Victoria, pero es dura de pelar. Su osa se crio con dos hermanos mayores y, joder, se nota. Me enamoro un poco más cuando la veo morderle el lomo a un gran lobo gris y lanzarlo contra la farola con una fuerza que la dobla.

Mace se queda atrás, observando cómo su manada es diezmada junto a Knox, que no se transforma. Está de pie, con los brazos cruzados, ladrando órdenes a sus perros.

—¡Volved a la lucha! —le grita a un lobo que se aleja cojeando, con sangre manando de un costado por cortesía de mis garras.

Consigue organizarlos y empiezan a atacarnos como si fueran uno solo. Los lobos son más débiles que nosotros, pero son muchísimos. Nos superan en número con creces. Me abro paso hasta Victoria mientras nos rodean, con mis garras cortando el aire a modo de advertencia mientras encuentro a mi chica en medio del caos.

Mi oso respira con dificultad y el de Victoria también. No sé cuánto tiempo más podremos aguantar.

Eternamente, le digo a mi oso. *Lucharás eternamente para mantenerla a salvo.*

Pero no dejan de venir y ahora el lobo gigante de Mace se une a la lucha. Mantiene la cabeza baja, con la boca gruñendo mientras merodea con el pelo del lomo erizado.

Eso enardece a las tropas.

Los lobos retroceden y se agrupan a su alrededor, cogiendo un segundo aire. Quedan nueve. Tres de ellos yacen en el pavimento, inmóviles, y Knox sigue en su forma humana ladrando órdenes.

—A la de tres —le grita Knox a su manada—. ¡Atacad al grande! ¡Id a por su garganta!

El grizzly de Victoria me lanza una mirada de preocupación.

Hundo mis zarpas en el hormigón y gruño de forma posesiva, listo para lo que sea que me echen.

Pero una parte de mí está preocupada. Son muchísimos y estos tíos son duros. Se han pasado la vida luchando y está claro que nos superan en número.

No me preocupo tanto por mí. Estoy aterrorizado por lo que pasará si caigo. ¿Qué le harán a mi chica?

Aparto ese horrible pensamiento de mi cabeza y me preparo para la oleada de dientes y garras que está a punto de abalanzarse sobre mí.

—¡Una! —grita Knox—. ¡Dos!

Nunca llega a tres.

Un rugido estruendoso desgarra el cielo nocturno.

Siento la tierra temblar bajo mis zarpas.

Los lobos retroceden y miran a su alrededor, presas del pánico.

Y entonces...

BUM.

El monstruoso grizzly de Magnus sale del bosque cargando como una maldita bola de demolición.

Se dirige directo a por Knox.

Ese capullo engreído intenta cambiar de forma, pero es demasiado lento y el grizzly de Magnus le pilla por sorpresa. No duda ni un instante.

Se le abalanza a Knox por la espalda, con las fauces abiertas, y le hinca los dientes directamente en el cuello. La sangre brota a borbotones. Knox grita, pero todo ha acabado. Magnus lo destroza y lo escupe como si nada.

Su cuerpo inerte se desploma sobre el asfalto. Muerto.

Mi oso polar gruñe ahora que las tornas se han igualado un poco. ¿Tres osos contra un puñado de lobos de poca monta? Acepto la apuesta sin dudarlo.

Cargo hacia delante, rugiendo mientras clavo la mirada en el lobo de Mace. Sus secuaces intentan detenerme, pero Victoria y Magnus se les echan encima, aplastándolos contra el suelo, derribándolos, arrancándoles jirones de pelaje de los lomos.

Encuentro a Mace en medio del caos y nuestras miradas se cruzan.

Es hora de acabar con esto de una vez por todas.

Por Victoria. Por nuestro futuro. Por todo.

Cargo contra Mace como un maldito tren de mercancías.

Me planta cara, gruñendo y mostrando unos enormes colmillos blancos, con su manada rodeándolo. Choco contra dos de ellos y los lanzo por los aires antes de conectar con Mace. Colisiona contra mí con todo su peso, pero no cedo ni un ápice.

Mi oso gruñe mientras el gran lobo rebota hacia atrás. Sin embargo, es ágil de patas y vuelve a saltar hacia mí desde un lado.

Uno de sus chicos intenta distraerme, pero no pico el anzuelo ni siquiera cuando me hinca los dientes en la pata trasera. No le quito los ojos de encima a Mace.

La grizzly de Victoria se encarga del lobo que tengo en la pata y yo salto sobre Mace en un enfrentamiento brutal. Él me ataca con la misma saña —garras que desgarran y dientes que acuchillan— mientras los cuerpos se estrellan contra el pavimento a nuestro alrededor con una fuerza que parte los huesos.

Es fuerte, eso se lo concedo. Pero yo soy más fuerte. Y no lucho solo por orgullo, lucho por *ella*. Por *nosotros*.

Por un futuro increíble que sé que nos espera al otro lado de esta pelea.

Solo tengo que atar un último cabo suelto antes de que podamos cabalgar juntos hacia el atardecer.

El lobo de Mace se abalanza, intentando hundirme los dientes en la garganta. Me giro y lo aplasto contra el suelo con la zarpa, agrietando el asfalto bajo él. Sus garras me arañan el costado, pero ni lo siento. Me yergo y le estampo mi pesada zarpa contra el cráneo —*una, dos veces*— hasta que la sangre mana de un tajo sobre su ojo.

Rueda para apartarse y retrocede tambaleándose, sacudiendo la cabeza, y entonces…

Cambia de forma.

A su forma humana.

Los lobos ensangrentados lo rodean, cada vez menos, mientras él permanece ahí de pie, jadeando, con aspecto ya derrotado.

—No mereces que gaste mis garras en ti —escupe, retrocediendo a trompicones hacia su moto—. Debería haber acabado contigo

cuando eras un cachorro patético. Contigo y con tu zorra de compañera.

Me lanzo hacia él, transformándome en el aire. Mis pies descalzos tocan el asfalto y choco contra él ya como hombre, con la rabia palpitando en cada centímetro de mi ser. Mis puños golpean como mazas, cada golpe es una liberación de todo lo que he estado conteniendo.

«Por Victoria». *Crac*.

«Por mi hogar quemado y mis padres traumatizados». *Crac*.

«Por cada vida que has arruinado». *Crac*.

Mace se tambalea. Sangrando. Roto.

Golpea una motocicleta y esta cae al suelo.

—Que te jodan —grazna, con la boca llena de sangre—. Aún no has visto nada.

—Te equivocas, Mace —digo mientras aprieto el puño—. Ya he visto suficiente.

Le hundo el puño en el pecho, sintiendo cómo su caja torácica se resquebraja bajo mis nudillos. Lo golpeo una y otra vez en el pecho, aplastando su cruel corazón hasta que se desploma, con la mirada vacía y sin aliento. Su cuerpo golpea el pavimento con un golpe final y exánime.

Se hace el silencio.

Los lobos restantes contemplan la escena con ojos atónitos y las orejas gachas.

Sus miradas se desvían hacia Magnus, que sigue en su forma de grizzly, con las fauces empapadas en la sangre de Knox.

Luego hacia Victoria, que ruge como una diosa de la guerra, con determinación y desafío en los ojos.

Luego hacia mí: jadeante, ensangrentado, erguido sobre el cuerpo destrozado del alfa al que siguieron durante demasiado tiempo.

—Marchaos —digo, dándoles una última oportunidad para conservar la vida.

Salen disparados.

Huyen de vuelta a sus motocicletas con el rabo entre las piernas. Algunos continúan hacia el bosque, sin siquiera molestarse en

recoger sus motos. Unos cuantos más cambian rápidamente a su forma humana y huyen en sus motocicletas. Sin palabras. Sin amenazas. Solo un borrón de luces traseras que se desvanece en la noche.

Los vemos marcharse, sabiendo que este es el final.

Porque saben lo que pasará si alguna vez regresan.

Saben quién gobierna esta montaña ahora.

Y saben que nunca más volveré a huir.

CAPÍTULO DIEZ

Victoria

El aparcamiento es un caos de sangre, cristales rotos y cuero hecho jirones.

Pero, de algún modo, el ambiente es apacible.

Los chicos han arrastrado los cadáveres al bosque para quitarlos de la vista de momento. No estoy segura de qué va a pasar ahora, pero probablemente pasaremos la noche enterrándolos en las profundidades de las montañas. La verdad es que no me apetece nada.

Magnus está sentado en el bordillo, con la camisa rasgada y sangre seca incrustada en la mandíbula. Su oso grizzly ya no está, pero sigue cerca, al acecho bajo la superficie. Todavía puedo sentir su peso en el ambiente, inquieto y magullado, y anhelando aún a una compañera que no ha llegado.

Me alegro de que haya vuelto y su llegada no podría haber sido más oportuna. Espero que encuentre pronto lo que busca.

No ha dicho gran cosa desde que se fueron los lobos. Nosotros tampoco.

Adrian se acuclilla a su lado, con una mano en el hombro de Magnus y la otra sosteniendo una lata de cerveza que ha cogido de la tienda.

—Todavía pegas como un maldito camión —dice Adrian con una sonrisa.

Magnus suelta un gruñido que es mitad risa, mitad rugido. —¿Sigues sembrando el caos allá donde vas?

Mi compañero asiente con una sonrisa. —Hay cosas que nunca cambian.

Verlos juntos de nuevo me transporta a cuando era pequeña y los observaba desde la distancia. Pero ya no soy una niña, así que me acerco y me uno a ellos.

—Me alegro de verte, Magnus —digo, y lo digo de verdad.

Se fija en la marca de mi cuello y luego mira la que le dejé a Adrian en el suyo.

Mi cuerpo se tensa, sin saber qué esperar.

Pero Magnus se limita a sonreír y a negar con la cabeza. —¿Qué te dije hace tantos años?

—Que me matarías si alguna vez salía con tu hermana —responde Adrian sin dudar.

Magnus me mira un largo rato y luego se vuelve hacia su amigo de toda la vida, negando con la cabeza. —Joder, es que nunca has escuchado.

—Me encantaría tener tu bendición —digo mientras me acerco a mi hermano mayor. Le cojo la mano, cubierta de tierra, y se la aprieto—. Significaría mucho para mí.

—La tenéis —dice, esforzándose por sonreír a pesar de todo por lo que ha pasado—. Me alegro por ti, Victoria. Por los dos.

Lo rodeo con mis brazos y aspiro su aroma familiar. —Gracias —susurro—. Sé que ella llegará pronto.

Su cuerpo se tensa un segundo y luego me devuelve el abrazo, más fuerte que nunca.

Tengo lágrimas en los ojos cuando finalmente me aparto y me acerco a Adrian, sintiendo cómo su cálido y protector brazo me rodea la cintura. Me siento la chica más afortunada del mundo mientras me atrae hacia él.

—Me alegro de que estés en casa, hermano —dice Adrian—. Despejaré mis cosas de tu puesto de trabajo.

Se me cae el alma a los pies. Ni siquiera había pensado en eso…

—No sé cómo va a estar mi oso —dice Magnus—. Será mejor que te quedes un tiempo. Te conseguiremos tu propia silla. El estudio tiene bastante trabajo, ¿verdad, Victoria?

—¡Desde luego! —digo, sonriendo tanto que me duelen las mejillas.

Adrian me mira con un amor que le desborda de esos preciosos ojos azules. —Será un honor quedarme.

El corazón se me hincha en el pecho.

Voy a estar con Adrian para siempre.

Con el chico que me gustaba, con mi mejor amigo, con mi compañero predestinado.

Nos abrimos una cerveza cada uno antes de tener que volver al trabajo de cavar en las montañas. Va a ser una noche dura, pero ahora mismo, en este momento, todo es perfecto.

El futuro se extiende ante nosotros, abierto de par en par y lleno de promesas.

Apoyo la cabeza en el hombro de Adrian y cierro los ojos.

Está aquí.

Estamos juntos.

Y esta vez, nada va a separarnos.

EPÍLOGO

Adrian
Cinco años después...

Hoy se cumplen cinco años desde que volví a casa. Cinco años de *Calor & Tinta*. Cinco años de vida con mi compañera.

No puedo imaginarme la vida sin Victoria. No sé cómo pude aguantar tanto tiempo sin ella. La vida sin ella se me antoja una auténtica tortura.

Cuando dejaba que mi oso polar deambulara por la naturaleza ártica, solía pensar que en ese momento era cuando más feliz era. Pensaba que no había nada mejor para él.

No puedo evitar reírme de ese pensamiento ridículo. Joder, qué equivocado estaba.

Esto de aquí... *Esto* es mi oso en su momento más feliz.

—Espera —dice Victoria mientras nuestra hija de cuatro años, Arabella, está sentada en mi lomo, aferrada a mi pelaje blanco.

La pura felicidad recorre a mi oso mientras caminamos lentamente por el arroyo de nuestra propiedad: mi pequeña osezna sentada en mi lomo y mi chica embarazada caminando a mi lado.

—Más rápido, papá oso —dice Arabella, dándome pataditas—. ¡Más rápido!

Mi oso acelera el paso y se pone a trotar mientras Arabella chilla de alegría.

Pasamos la mañana explorando la naturaleza que hay detrás de nuestra nueva casa —una preciosa cabaña de madera en una parcela aislada en Montana— y luego preparamos un pícnic bajo un árbol junto al lago.

Arabella está persiguiendo a una mariposa por el campo mientras hago que mi oso polar se retire para disfrutar del pícnic en mi forma humana.

Mi preciosa compañera me observa mientras me pongo de pie, desnudo como mi madre me trajo al mundo. Su vientre de embarazada parece a punto de estallar con nuestra próxima cría, un niño.

Estoy deseando conocerlo. Ya tenemos el nombre perfecto elegido: Lucas.

Voy a coger mi ropa de la bolsa, pero está vacía. Es entonces cuando me doy cuenta de que Victoria esconde mi ropa a la espalda.

—¿Me la vas a dar? —le pregunto con una sonrisa.

No se mueve. Bueno, aparte de sus ojos hambrientos que recorren mi cuerpo desnudo de arriba abajo—. Lo haré. A su debido tiempo.

Sonrío mientras me acerco a ella, desnudándola con la mirada.

—Vas a hacer que vaya de pícnic en cueros otra vez, ¿verdad?

Ella mira de reojo a Arabella, que ahora persigue un saltamontes en la hierba alta—. Tienes suerte de que no estemos solos, si no, lo haría.

Me acerco a ella pavoneándome, lanzándole esa mirada que siempre la pone a mil—. Te lo compensaré esta noche cuando estemos completamente solos.

Me deja caer la ropa en la mano con un resoplido—. Más te vale.

Sonrío mientras me visto. Mi chica sexi no me quita los ojos de encima ni un segundo.

Es un animal en la cama cuando está embarazada. Su apetito sexual es casi insaciable, pero yo siempre estoy a la altura del desafío.

Extiendo la manta mientras Arabella regresa con el saltamontes posado en su dedo. —Mira lo que he cogido —dice con su adorable vocecita que siempre me llega al corazón—. Un sattamontes.

—¿Sabías que los saltamontes oyen por la barriga? —dice Victoria—. Y que existen desde hace más de doscientos cincuenta millones de años. Incluso más que los dinosaurios. Más que la hierba.

—Hala —dice Arabella mientras lo mira con renovado interés.

Amo a mi compañera. Siempre está soltando los datos más interesantes e inútiles. Es increíble.

—¿Más que la hierba? —digo, levantando una ceja—. Entonces, ¿de dónde sacaron el nombre?

Victoria niega con la cabeza y se ríe—. No creo que tuvieran nombre por aquel entonces.

Arabella se lleva el saltamontes a la boca para poner a prueba su oído/estómago. —Hola —dice con voz grave.

El saltamontes decide que ya ha tenido suficiente de nuestro pícnic y salta en el aire, alejándose con la brisa.

Mis chicas lo ven marcharse, pero yo solo las miro a ellas.

No puedo creer que esta sea mi vida.

Tatuar con mi compañera todo el día, nuestra propia casa en la naturaleza de Montana, una niña preciosa, un niño en camino...

La vida no puede ser mejor.

Extendemos el festín que hemos preparado y Victoria me coge de la mano mientras vemos a Arabella lanzarse a por la sandía. Ambos nos reímos al verla escupir las pepitas como una profesional.

Estoy muy agradecido por todo.

Por cada maravilloso segundo.

El fin.

Descubre los libros de Olivia T. Turner
https://www.oliviatturner.com/espanol.html

***

Ve directamente a Amazon.es.
https://www.amazon.es/stores/Olivia-T.-Turner/author/B06XYXNTHJ



Toma de control

Olivia Turner

Obtén el libro aquí

Kyra

Mi tía y yo empezamos esta empresa de belleza en su cocina.

Ahora, es una empresa internacional que factura millones.

La adoro. Es toda mi vida.

Y un ricachón arrogante aparece, creyendo que puede comprarla.

Brandon Raven.

Representa todo lo que odio.

El establishment corporativo. Niños de papá. Corporaciones avaras que compran pequeñas empresas éticas y las exprimen hasta dejarlas secas.

Esperaba que mi tía presentara un frente unido contra él y todo lo que representa.

Pero mi tía quiere dejarlo. Quiere jubilarse. Quiere vender nuestro bebé al mejor postor.

Y ella es la accionista mayoritaria, así que estoy un poco jodida en este asunto.

Pero tengo algunos trucos bajo la manga.

No voy a ceder tan fácilmente.

Puede intentar su pequeña adquisición hostil.

Y veremos quién gana...

Brandon

Entré en la oficina corporativa de She's The Sun esperando comprar una empresa de cosméticos, pero vi algo mejor que debo tener.

La excéntrica, adorable y luchadora directora general.

Kyra Black.

La quiero. La necesito.

Pero parece que me odia con cada fibra de su ser.

Bueno, ahora soy el jefe y ella tendrá que hacer lo que yo diga.

Lo que. Yo. Diga.

Con solo una mirada a Kyra, este ardiente alfa rico en traje hará cualquier cosa para conseguirla. Las reuniones de oficina nunca han sido más divertidas (o inapropiadas) con el señor Raven al mando.

Amor instantáneo en su máxima expresión sin infidelidades y con un final feliz supertierno garantizado. ¡Disfrútalo!

Obtén el libro aquí



Tú. Yo. Cama. Ahora.
Olivia Turner

Obtén el libro aquí

Es mi primer día como nueva reportera cubriendo al famoso equipo de rugby de Nueva Zelanda.
Soy estadounidense y no sé nada de rugby, pero después de dar un paso dentro del vestuario tras el partido, me he convertido en una *gran* fanática.
Estos hombres enormes y rudos son verdaderos alfas.
Y hay uno que destaca por encima de los demás.Akea Saluni.
El dios samoano.
Cubierto de tatuajes tribales, este hombre cincelado tiene músculos *por doquier*.

Él pone el ‘ahh’ en samoano.
Hace que La Roca parezca un guijarro.
Me pone de rodillas.
Y una vez que este hombre posesivo posa sus ojos oscuros en mí, es exactamente donde voy a quedarme...

¡¡¡Oh sí!!! Nos dirigimos a Nueva Zelanda por un jugador de rugby samoano que busca anotar con su única y verdadera. Exagerado. Amor instantáneo. Y por supuesto, ¡un final feliz dulce como el azúcar garantizado!
Ya sabes cómo lo hacemos. Agarra este libro y deja que Akea te ponga de rodillas...

Obtén el libro aquí